

# DISCURSOS

DE RECEPCIÓN DEL

ILMO. SR. D. MANUEL SALES FERRÉ

Y DE CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN

Leídos en la Junta pública de 28 de Abril de 1907.



TESIS:

«Nuevos fundamentos de la moral.»



# DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. MANUEL SALES FERRÉ

---

SEÑORES ACADÉMICOS:

Vida y muerte, luz y tinieblas, placer y dolor andan siempre juntos y pareados en la corriente destructora y renovadora del tiempo. El morir es, á menudo, condición indispensable para nacer. Tal sucede en las Academias y otras instituciones sociales. Por ello, estas solemnidades, que deberían ser todo luz y todo alegría tratándose de actos de nacimiento, hállanse penetradas de sombras y tristezas, que vierte el amargo recuerdo del Académico fenecido; y la proporción en que estos opuestos sentimientos se combinan varía en cada caso, según el relativo valer del muerto y del nacido. En la situación presente dominan el luto y la aflicción, por ser el nacido un modestísimo obrero de la inteligencia, y haber sido el muerto un estadista distinguido, arrebatado á la vida en edad temprana, precisamente cuando la patria está más necesitada de valiosas energías. Mucha gratitud os debo, señores Académicos, por haberme abierto las puertas de este recinto; mayor es aún la que siento por la circunstancia de suceder al que fué varón esclarecido, D. Francisco Silvela; no por motivo de honor, que no cabe en ello, sino



por complacerme que la pequeñez de mi persona sirva para realzar por contraste la magnitud de su figura. Bien quisiera detenerme á trazar los rasgos más salientes de su interesante biografía; pero la circunstancia de haber escrito su necrología de modo magistral el Secretario de esta Corporación, D. Eduardo Sanz y Escartín, me veda traspasar los límites de un sentido recuerdo.

De alma delicada y noble, inteligencia viva y penetrante, fácil y sugestiva palabra, aguda y fina crítica, sencillo, desinteresado y poseído de un vehemente deseo del bien, ese fué mi predecesor ilustre. Brilló en varias esferas: en el foro, en el Parlamento, en el Gobierno y en las letras. Como escritor, admiró por lo castizo y pulcro; como orador, por lo persuasivo; como gobernante, por lo probo, y por lo sincero, como político. Su cultura fué vasta y selecta, profunda en las ciencias sociales, especialmente en la moral, el derecho y la política, de lo que son gallardas muestras el notabilísimo discurso que leyó en el acto de ingresar en esta Academia, acerca de las *personas morales*; su discurso de recepción en la Academia de la Historia; sus trabajos en la Comisión de Códigos; el prólogo á las cartas de Sor María de Agreda y del Rey D. Felipe IV; su copiosa labor en el Congreso, y los numerosos artículos que publicó en varias revistas dilucidando diversos problemas sociales y políticos.

Hombre de pensamiento más que de acción, mostró siempre mayor inclinación al tranquilo é inefable goce del estudio que á las apasionadas polémicas del Parlamento ó á las tormentosas inquietudes del Gobierno. Otra causa le empujó en aquella dirección. Quien siga atentamente la conducta del Sr. Silvela como gobernante, no podrá menos de reconocer que acariciaba en su alma un ideal de gobierno superior al de su tiempo, que aspiraba á someter la actividad política á leyes morales, lo que le hizo vivir en continua oposición con la política usual, que lleva el trastorno y la perturbación hasta las raíces mismas de la vida pública, que desgarrar las entrañas de la patria para satisfacer vanos empeños del amor



propio ó mezquinos intereses personales. Si transigió de vez en cuando, por consideraciones de disciplina ó para evitar males mayores, jamás abdicó de sus ideas, ni se apeó de su actitud de oposición. Llegó un instante en que las imposiciones del medio exigieron el sacrificio de su ideal, y entonces no vaciló en interrumpir su carrera política, para salvar los principios en los que estimaba que debía informar sus actos y fundaba el porvenir de la patria. Esto explica aquellas singulares resoluciones de su voluntad, de las que apenas se encuentra ejemplo en las biografías de los hombres políticos de los diferentes países regidos por el sistema parlamentario. Sin pena se abstuvo de ser diputado en las elecciones que siguieron á su disentimiento con Cánovas, y después que hubo sucedido á éste en la jefatura del partido y en la Presidencia del Gobierno, sin pena renunció á las embriagadoras satisfacciones del poder, retirándose á la vida privada. ¿Qué había pasado en su alma?

Difícil es, por no decir imposible, penetrar en la trama de los móviles que determinan la conducta humana cuando ésta oscila á merced del continuo y azaroso mudar de las circunstancias; mas si la serie de los actos se halla informada en un principio director constantemente sostenido, la tarea es fácil, por no ser la acción sino el pensamiento mismo realizado. Tal sucede en el caso presente. Creyó D. Francisco Silvela, después de nuestro desastre colonial, que podía reformar las costumbres públicas, detener la decadencia de España y abrir la era de su regeneración; y á realizar esta magna obra aplicó con fervor y ahinco sus grandes facultades. Vióse atajado en el camino por dificultades inesperadas é insuperables, que ahuyentaron de su alma hasta la última esperanza, y abandonó la empresa. ¿Fué cobardía? No. Fué sinceridad, desinterés, patriotismo. ¿No es la primera condición del hombre honrado obrar como se piensa? ¿No es el primer deber del político no perjudicar á su patria, cediendo el puesto á otros cuando la experiencia le dice que no dispone de fuerzas suficientes para dirigirla por el derrotero



salvador? ¿No hay desinterés, no hay grandeza en renunciar á una brillante carrera después que se ha llegado á la cima de ella? En la esfera política, muéstrase la flaqueza humana en rendir culto á la vanidad ó á la personal conveniencia, tanto ó más que al interés colectivo; y desde este punto de vista, el acto del Sr. Silvela revela una elevación de miras poco común, un alma libre de pasiones mezquinas y penetrada de intenso patriotismo.

Podrá haber quien piense que habría favorecido más á su patria renunciando á parte del bien deseado y contentándose con la que el medio le consentía realizar. Mas esto es un vano pensar. De lo que el hombre deba hacer en trance semejante, no hay otro juez que el actor mismo. Nadie más que el Sr. Silvela pudo apreciar la intensidad de las resistencias que le cerraron el paso en la realización de sus propósitos, y juzgar si disponía de fuerzas suficientes para vencerlas. Si formó el convencimiento, y debemos suponer que lo formó, de que consumiría sus fuerzas sin provecho para el bien público, su resolución fué la que el deber le imponía. El problema interesa, porque es de actualidad. Si el español sirve mejor á su patria gastando infructuosamente sus energías mentales en las lides políticas ó aprovechándolas en el cultivo de otras actividades sociales, es cuestión que se plantea á diario en la conciencia de muchos de nosotros, y que sólo unos pocos resuelven en el sentido de ejercerlas en la dirección por donde hayan de producir seguros frutos. Poco vale mi juicio; pero entiendo que el hombre tiene el deber, no sólo de asegurar, en la medida de su previsión, la eficacia de sus esfuerzos, sino de emplearlos, sin menoscabo de su aptitud, en el adelanto de aquella rama de la actividad de que la sociedad se halle más necesitada. Cuál sea esta rama, no es difícil averiguarlo. Está fuera de duda que, por constitución ó por deficiencia de cultura, los españoles propendemos á la acción más que al pensamiento, y que somos algún tanto rebeldes á la racional combinación de la una y del otro. De aquí proviene, en buena parte, la irresistible seducción



que sobre nosotros ejerce la política, que es principalmente acción, en la que van á perderse nuestras más valiosas capacidades mentales. No nos hemos percatado aún de que fuimos grandes mientras la grandeza se ganaba por la acción; que somos pequeños desde que la grandeza se conquista por el pensamiento. En las disciplinas sociales, sobre todo, nuestra producción mental es tan nimia, que no se la computa como factor en el progreso de la ciencia, ni ejerce influjo sensible en nuestra vida pública, la cual suele discurrir por los mismos cauces, si es que discurre, mientras no recibe de fuera nuevos empujes. De hombres de acción somos ricos; pobres, de pensamiento director.

No debía andar lejos de este modo de pensar el Sr. Silvela, puesto que no abandonó la política para ir á encerrarse en el tranquilo y dulce rincón del hogar, sino para seguir trabajando por el bien público en la esfera del pensamiento, fijando su atención en los problemas morales, asunto de su predilección. Del fruto de sus estudios empezó á dar cuenta en las lecciones que abrió en el Ateneo acerca de la *Historia de las ideas éticas en España*, á las que asistió numeroso y escogido público. No pudo concluir las: la traidora muerte cortó de repente el hilo de su preciosa vida, privando á esta Academia de un preclaro individuo, á la ciencia de un fidelísimo devoto y á la patria de un ciudadano ilustre.

Esta circunstancia, junto á mi deseo de honrar su memoria, me han sugerido la idea de tomar también de la *Ética* el asunto para este trabajo. *Nuevos fundamentos de la moral* es el tema acerca del cual me permitiré molestar vuestra atención por breves instantes.



## I

## POSICIÓN DEL PROBLEMA

Maravillan y asombran los progresos realizados, de mediados del siglo XIX acá, en todas las ciencias sociales. La Economía política ha cambiado de naturaleza, elevándose de individualista á orgánica; la Moral se está depurando de sus móviles egoístas y caminando á constituirse con independencia; la Religión, abierta únicamente á la fe, ha sido invadida por el espíritu científico, sobre la base de las profesadas por todos los pueblos; el Derecho ha roto los diques de la esfera privada al empuje del sentimiento social, y la Política, desprendiéndose de los últimos vestigios del poder personal, se aplica á interpretar las normas de la conciencia colectiva y ajustar á ellas sus decisiones y sus actos. Encastilladas estas ciencias hasta aquí, no ya en su particular dominio, sino cada una en uno solo de sus momentos, el presente, lo que las incomunicaba á unas de otras y á cada una de sí misma, de sus momentos anteriores, de pronto, con el auxilio del método científico empleado en las naturales y de los principios por éstas formulados, rompen su cárcel, se avaloran con todas las fases de su evolución, entran unas con otras en comunicación estrecha, y sobre el fundamento de todo su pasado y con las luces que mutuamente se prestan, se lanzan á descifrar ideales de vida más perfecta que la presente, cambiándose de rémoras en promovedoras y directoras del progreso social. Parte importante en esta revolución corresponde á la Sociología, que abarcando de una mirada, desde la unidad sintética en que mora, el conjunto de las actividades sociales, ha discernido las relaciones de mutua condicionalidad que existen entre todas, como determinaciones parciales



de una sola é idéntica actividad, la social, ha deslindado sus dominios y fijado sus principios fundamentales.

Mas de todas las ciencias sociales hay una en la que principalmente se concentra hoy el interés de los investigadores: la Moral (1). Amparada desde los orígenes por la Religión, la Moral ha contado hasta aquí con un fundamento divino, que explicaba el carácter imperativo del deber y lo reforzaba con formidables é ineludibles sanciones. Todo esto va desapareciendo al descender la Religión de sanción social á sanción meramente individual, lo que ha acaecido más ó menos en todas las naciones modernas á medida que se ha establecido la tolerancia, háyase ó no declarado la separación de la Iglesia y el Estado. La Moral pierde su fundamento; el deber, su razón de ser; la sanción, su eficacia. Detener la corriente, imposible. Todas las diferenciaciones sociales han sido definitivas, y no ha de constituir la presente una excepción. En vano las voluntades fieles á la tradición luchan por reprimir las nuevas orientaciones. Hay que buscar á la Moral un nuevo punto de apoyo; y puestos en este terreno, se pregunta: ¿Cuál es el fundamento de la Ética? ¿Cuál el origen del deber? ¿De dónde deriva éste su carácter

---

(1) En estos últimos tiempos se han publicado: Guyau, *Esquisse d'une Morale sans obligation ni sanction*.—Levy-Bruhl, *La Morale et la Science des mœurs*.—N. Rauh, *L'Experience morale*.—A. Bayet, *La Morale scientifique*.—Fulliquet, *Essai sur l'obligation morale*.—Belot, Bernés, Brumhvicq....., *Morale sociale*.—Belot, Bernés, Buisson....., *Questions de Morale*.—Darlu, Rauh, Buisson....., *Essai d'une Philosophie de la Solidarité*.—Marion, *De la Solidarité morale*.—Budin, Gide, Monod....., *Les applications sociales de la Solidarité*.—Roberty, *Les fondements de l'Ethique*.—Sidgwick, *History of Ethiks*.—Mackenzie, *Manual of Ethiks*.—William James, *The will to believe*.—T. H. Green, *Prolegomena to Ethiks*.—D. Alexander, *Moral order and progress*.—F. C. Schiller, *Humanisme*.—L. Stephen, *The Science of Ethiks*.—Razenhof, *Positive Ethik*.—H. Höffding, *Ethische Principienlehre*.—Wundt, *Die Ethik*.—Paulsen, *System der Ethik*.—Max Wentscher, *Ethik*.—Ziegler, *Sittliches Sein und sittliches Werden*.—Ch. Rappaport, *Die Sociale Frage und the Ethik*.—Gizycki, *Vorlesungen über sociale Ethik*. Esta enumeración, que dista mucho de ser completa, pone de manifiesto la gran suma de actividad que hoy se emplea en desenmarañar los problemas morales.



imperativo? He aquí los problemas que hoy preocupan hondamente á moralistas y sociólogos, por tratarse de la actividad más propia é íntima de la conciencia, así individual como colectiva, que dicta la norma á todas las demás actividades sociales, sin exceptuar la económica (1). Muchas y muy diversas opiniones se han formulado acerca del particular. Unos derivan el sentido de obligación de la *costumbre* ó el *hábito* (psicólogos asociacionistas); no pocos, de la *simpatía* ú otro instinto social (Adam Smith, Darwin, Stephen, Schopenhauer); éstos, *del interés egoísta ó inteligente* (utilitarios); aquéllos, de la *razón*, la *conciencia* ó la *idea* (intuicionistas); muchos, de un principio exterior al yo (monistas, evolucionistas y teístas) (2). No es mi propósito criticar estas interpretaciones; las cito como muestra de la variedad de direcciones que se siguen y de la magnitud del esfuerzo que se emplea en investigar la naturaleza y el contenido de la relación ética. Opino que todas contienen parte de verdad y parte de error, ó sea que las energías por ellas invocadas son elementos integrantes de la actividad moral; pero que ninguna de ellas, ni todas juntas, bastan para constituir la. Mi labor es más modesta; se limita á someter á vuestro juicio el fruto de mis lecturas y meditaciones.

---

(1) G. Schmoller, *Principes d'Economie politique*, première partie, tomo I, pág. 103 (traducción del alemán).

(2) La exposición y crítica de estos diversos puntos de vista pueden verse en John S. Mackenzie, *A Manual of Ethics*, págs. 147-255; Fulli-quet, *Essai sur l'obligation morale*, págs. 208-281; Fouillée, *Critique des systèmes de Morale contemporaine*; Carran, *La Morale utilitaire*; Sidgwick, *History of Ethics*.



## II

### NATURALEZA Y ESFERA DE LA MORAL

#### A.—Génesis del ideal moral en el individuo.

La Moral se caracteriza por el sentido del deber, que nace de la presencia de un ideal en nuestro interior. Expresa el deber una relación entre dos términos antitéticos de nuestra personalidad: el yo actual, más ó menos complejo, con sus tendencias parciales á la acción, egoístas ó simpáticas, y el yo ideal, más ó menos elevado, que demanda la subordinación de la actividad á una norma superior á la habitual. Esta exigencia del yo ideal es el deber, que se siente como presión antes de obrar; como remordimiento después del acto, cuando éste, desviándose de la ley, rompe la unidad de la conciencia. Los dictados del deber serían vanos si el yo actual careciese de libertad, esto es, de la facultad de deliberar sobre las diversas tendencias á la acción y decidirse á seguir la correspondiente al ideal. Porque esta decisión impone el sacrificio de los impulsos agradables, egoístas ó simpáticos, y este sacrificio no podría efectuarlo el sujeto si careciese de reflexión en el juicio, de autonomía en la resolución (1). El ideal, la libertad y el deber, he aquí los tres elementos de la relación moral. Estos elementos nacen á un

---

(1) La libertad consiste en el poder de resistir las sugestiones del egoísmo y de la simpatía y obrar conforme á la ley moral. Hay quien distingue la libertad del instinto de la libertad del espíritu, consistiendo la primera en el poder de hacer lo que se desea, y la segunda en querer hacer lo que se debe (Darlu, *Morale sociale*, pág. 30). La llamada libertad del instinto no es tal libertad.



tiempo y se desarrollan paralelamente; pero la primacía en el orden lógico corresponde al ideal, y así se observa que la libertad va siendo más perfecta y el deber más imperioso á medida que el ideal se eleva, aclara y precisa. El ideal es, pues, el fundamento de la Moral (1). Veamos cómo lo adquiere el individuo.

Viene el hombre al mundo con una herencia física, compuesta de instintos, que actúan desde luego, y de tendencias sociales, que van apareciendo en el curso de su desarrollo y mediante las cuales se apropia la herencia social, ó sea el conjunto de adaptaciones al medio que, en forma de pensamientos y normas de conducta, la sociedad ha realizado desde sus orígenes. Esta apropiación se efectúa por el proceso de imitación y conforme á la dialéctica del desarrollo personal, en la que se distinguen tres momentos: *objetivo*, *subjetivo* y *proyectivo*. Veámoslos en el niño (2).

Pasa el niño los primeros meses de su vida en pura contemplación impersonal, no viendo en las personas que le rodean más que hechos, á lo sumo grupos de hechos, sin poder referirlos á un sujeto: fase objetiva. En esta situación, el mundo es un caos. Poco á poco, á medida que su organismo se vigoriza, comienza á imitar, y cuando luce en su conciencia el primer destello de la reflexión, se precipita, aprende á hablar, á hacer lo *que ve hacer á los demás*, y así va trayendo á su interior los elementos de fuera; así forma y reforma el concepto de sí mismo, el concepto yo: fase subjetiva. La noción yo, desde el punto en que la forma, la aplica inmediatamente á las demás personas, las cuales pasan á ser otros tantos sujetos semejantes á él, pero que no son él mismo, son otros, y así nace el concepto *otro*: fase *proyectiva*. Entonces el mundo se aclara y ordena. Por donde se ve que el concepto *yo* y el concepto *otro* nacen casi á un tiempo en

---

(1) Max Wentscher, *Ethik*, I Theil, págs. 9 y siguientes.

(2) Puede verse Baldwin, *Interpretation sociale et morale des principes du developpement mental*, cap. I.



la conciencia del niño, y apenas difieren entre sí. Forma el concepto *yo* con los elementos que toma de fuera, de las personas que le rodean; el concepto *otro*, aplicando á estas personas el que tiene de sí mismo, de donde resulta que *yo* y el *otro* son términos opuestos de una relación, y tan estrechamente unidos entre sí que no es posible separarlos (1).

Este proceso dialéctico lo ejercitamos todos durante nuestra vida. Por él hemos aprendido todo lo que sabemos; por él hemos formado el concepto que tenemos de la propia personalidad y lo reformamos todos los días. Y al propio tiempo reformamos el concepto de nuestros semejantes, á quienes sólo podemos concebir tal como nos concebimos á nosotros mismos. Los talentos que eran primero solamente suyos y que por imitación pasan á ser nuestros, los enriquecemos con el valor de la subjetividad, y con este mismo valor se los atribuimos luego á ellos, siendo nuestro concepto de los otros idéntico al de nosotros mismos, salvo las particularidades que los caracterizan. Esta identidad es la base de los sentimientos de simpatía, de igualdad y de justicia.

Sigamos con el niño. Si le observamos en un momento más avanzado de su edad, le vemos, á ratos, contemplando absorto lo que otra persona hace, para imitarlo, y entonces es dócil, sociable, obediente; á ratos, ejercitando con sus compañeros en el juego la nueva habilidad que acaba de apropiarse, y entonces es audaz, agresivo, egoísta. Estas opuestas actitudes no implican contradicción; son adaptaciones al medio. El niño es dócil con sus mayores, con los que saben más que él; agresivo con sus menores, con los que saben menos que él. El sentimiento que tiene de sí mismo es

---

(1) En la dialéctica del desarrollo personal actúan varios estimulantes y fuerzas. Á la natural presión de los adultos sobre los educandos se juntan la alegría que á éstos proporciona el ejercicio consciente de actividades nuevas, la experiencia de los efectos que sus actos producen sobre las personas que les rodean y que se expresan en forma de aplauso ó censura, de premio ó castigo, y otros. (Véase Wentscher, *Ethik*, I Theil, pág. 53.)



uno de los términos de una relación, y varía según muda el término opuesto. De esta variación deriva el opuesto juicio que se formula acerca del niño, á quien ya se califica de bueno y altruísta, ya de malo y egoísta. Ni lo uno ni lo otro. El niño es egoísta cuando se encuentra en presencia de sus inferiores, con quienes necesita, para desarrollarse, ejercitar los modos de conducta que ha aprendido de sus superiores y que le son agradables y convenientes; es sociable cuando se encuentra delante de sus mayores, de quienes necesita, para su desarrollo, apropiarse por imitación los modos de conducta que ellos poseen y de que él carece.

El resultado de esta dialéctica es formarse el niño dos categorías de su personalidad. Ora se concibe como un todo sistemático, completo, constituido con los materiales personales apropiados y que aplica á sus semejantes; ora como un todo deficiente, imperfecto, pero que tiende á completarse apropiándose las nuevas sugerencias que le vienen de las demás personas de la sociedad. Podemos llamar al primer aspecto yo *habitual* ó egoísta; al segundo, yo *adaptativo* ó simpático. Obsérvese que no se trata de dos conceptos distintos del sujeto, sino de un mismo sujeto en dos series distintas de situaciones.

No acaba con esto la educación del niño. La tendencia habitual y la adaptativa son aspectos parciales y de orden inferior; por ellos no se distinguiría el hombre de los animales; fáltale un concepto superior al que se subordinen aquellos dos: la persona moral. ¿Cómo la adquiere? Por medio de la obediencia.

Cada vez que obedece, el niño se encuentra en una situación contraria igualmente á sus hábitos y á su simpatía. Un niño está jugando; su madre le llama y le manda que se siente á su lado; el niño obedece. En este acto, el niño no obra conforme á su tendencia habitual, que satisfacía jugando con sus compañeros, ni conforme á su tendencia adaptativa, porque sufre coacción; obra conforme á un nuevo tipo de conducta, conforme á una fuerza externa y dominadora:



la voluntad de la madre. Obrando por obediencia, el niño entra en un mundo nuevo, el mundo social de normas, de leyes, de tradiciones, á las que todos, de grado ó por fuerza, atemperan su conducta; y penetra en este mundo empleando el mismo proceso que antes: el proceso dialéctico. Primero, contempla las normas sociales objetivamente, encarnadas en las personas á quienes obedece; luego, á medida que ejecuta actos de obediencia, se las apropia, las hace suyas, elementos integrantes de su conciencia, en la que va surgiendo un nuevo sentido, una personalidad nueva, de carácter imperativo, que tiende á imponerse á las otras dos. Un padre se halla trabajando en su despacho; su niño entra, se acerca á la mesa y alarga la mano para coger un termómetro de cristal. «Cuidado—le dice el padre, sujetándole la manecita;—no toques esto, te lastimarías; toma, juega con este cesto de papeles.» Á poco, llaman al padre, el cual sale del despacho, dejando al niño solo en él. Éste se levanta, vuelve á la mesa y clava sus ojos en el termómetro. Su primer impulso es cogerlo; mas vacila; en su interior se libra una verdadera batalla. El hábito le impele á cogerlo; pero resuena en su conciencia la voz del padre; es un nuevo yo, el yo que ordena y que, si el niño tiene contraído algún hábito de obediencia, triunfa, alejándose de la mesa sin tocar el objeto (1). Por este género de luchas, continuadas un día y otro día, los elementos objetivos de las personas que dictan la ley pasan á ser subjetivos, y surge en la conciencia una nueva categoría personal, el yo moral, la ley interna, regulando la propia actividad.

Á la fase subjetiva sigue la proyectiva. El niño aplica el nuevo concepto de su persona, á medida que lo va formando, á sus semejantes, exigiendo que éstos presten á los mandatos de sus superiores la misma obediencia que él les presta. No habrá quien no haya tenido ocasión de observar con qué

---

(1) Este caso no es supuesto; he tenido ocasión de observarlo más de una vez.



celo el niño mayor vigila á sus hermanitos en el juego, para que no infrinjan las recomendaciones maternas, ó las ruidosas protestas que formulan los niños cuando su madre, injustificadamente, distingue á uno de ellos dándole un dulce, ó eximiéndole del cumplimiento de un deber. Por virtud de la identidad entre yo y el otro, no pueden comprender que se otorgue á su hermano un bien que ellos se merecen igualmente, ó que se le exima de un deber que á ellos se les obliga á cumplir. No ha sido otro el fundamento de los movimientos sociales contra los privilegios de las clases directoras, cuando éstos han llegado á un grado de exageración depresivo de la dignidad moral.

Por estos pasos nace y se desarrolla en la conciencia del niño el sentido moral, el cual difiere notablemente de los otros dos. El impulso habitual y el adaptativo son irreflexivos, dependen del medio y cambian al compás de las circunstancias. No es por su voluntad por lo que el niño se muestra egoísta ó simpático, sino por sugestión de las personas ó cosas que le rodean. El sentido moral es, por lo contrario, reflexivo, independiente del medio, absoluto, exigiendo del individuo que en todo caso conforme sus actos á los dictados del deber. El yo habitual y el adaptativo nacen de adentro, sin necesidad de esfuerzo, por el desarrollo de las tendencias nativas en función de las situaciones sociales; el yo moral nace en virtud de presión ejercida desde fuera, y jamás pierde este sentido de objetividad, siendo referidos los mandatos á una autoridad externa. El hábito y la adaptación son conceptos parciales, comprendiendo cada uno un aspecto particular de la conciencia; el sentido moral es total, omnicomprendivo, la unidad sintética de la conciencia, idéntica á sí misma en todos los momentos de su desarrollo (1).

El niño no siempre observa la ley; rinden á menudo su

---

(1) Delbet define la Moral: «La ciencia de la unidad humana, y su fin, el perfeccionamiento humano» (*Morale sociale*, pág. 13). «La moralidad es la unidad del ser», dice Guyau (*Education et hérédité*, pág. 79).



voluntad el egoísmo ó la simpatía; pero al través de sus derrotas y de sus victorias, sigue transportando á su interior, en cada acto de obediencia, las normas sociales y desarrollando su sentido moral (1). Este desarrollo se efectúa paulatinamente, en función de su poder de asimilación y de los grados de perfección moral que la sociedad le ofrece. Porque sería en vano que la sociedad poseyese rica jerarquía de modelos morales si el individuo fuese incapaz de apropiárselos, como sería en vano que el individuo tuviese un gran poder de asimilación si la sociedad careciese de modelos con que alimentarlo. Generalmente, salvo el caso de variaciones individuales extremas, existe entre estos términos exacta correspondencia; porque siendo el poder de asimilación del individuo producto de la presión ejercida por la sociedad sobre las generaciones pasadas, ni ésta puede contener modelo alguno que aquél no sea capaz de asimilar, ni concebir el individuo un ideal moral de orden superior al modelo más perfecto que la sociedad le ofrece. En todas las fases de este desarrollo, el ideal moral es referido á una persona ó institución: al padre, al maestro, al Estado, á la sociedad ó á Dios.

Llega el individuo al término de su desarrollo moral cuando ha transportado á su interior la personalidad que dicta la ley, cuando se ha emancipado de la autoridad externa y obra conforme á los impulsos de su conciencia. Por pasar de fuera adentro, de la conciencia social á la individual, la ley no pierde, antes gana autoridad y el individuo la cumple sin esfuerzo, sin advertirlo, inaccesible á los requerimientos del egoísmo y á los caprichos de la simpatía, en virtud de la fuerza que le presta el hábito. No hay que confundir el hábito moral con el hecho habitual. Por cuanto el ideal se aleja de nosotros la misma distancia que nosotros nos acercamos á él en cada uno de nuestros actos, el deber nunca deja

---

(1) «En moral la raza reemplaza á menudo al individuo, en tanto que el individuo toma casi enteramente los hábitos morales de su medio», dice G. Spiller (*De la methode dans les recherches des lois de l'Ethique*, en *Rev. Philosophique*, 1905, pág. 41).



de solicitar nuestra actividad hacia normas de conducta más perfectas que las usuales, contrariando los hábitos contraídos en el cumplimiento de obligaciones de orden inferior; por lo que el hábito moral es, como dice Baldwin, la tendencia habitual á mirar hacia una ley superior, ó, como han dicho otros, *el hábito de violar los hábitos*. He aquí en lo que consiste la virtud, no en el hábito de hacer el bien, como por lo común se entiende, lo que implica contradicción, porque no cabe virtud en lo que se hace por hábito: la virtud radica en la energía, en el poder del individuo de subordinar en todos los instantes cualesquiera tendencias parciales á la unidad sintética de la conciencia, conformando su actividad á las nuevas normas que le dicta el ideal; consiste en el constante vencimiento de sí mismo, es decir, del hombre histórico, y en el triunfo del hombre ideal. Por tanto, la virtud es lucha, esfuerzo perseverante en refrenar el habitual impulso y efectuar una adaptación superior, para transformarla á su vez en hábito y elevarse entonces, sobre la base de éste, á la realización de normas más perfectas de conducta. No de otro modo se cumple el progreso moral.

Despréndese de lo expuesto que el ideal ético del individuo tiene por fundamento la moral positiva de la sociedad (1); es esta misma moral reflejada, más ó menos completa y fielmente, en su conciencia. Si alguna duda cupiese en este punto, la desvanecerían la concordancia y unión indisoluble del criterio individual y del criterio social. El juicio moral privado y el juicio moral público se formulan á un tiempo y de completa conformidad en la conciencia del actor. Cuando vamos á ejecutar un acto meritorio, el aplauso del público resuena en nuestra conciencia, reforzando nuestro propio juicio laudatorio, y aumenta nuestro estímulo á

---

(1) Empleamos la palabra *moral positiva* en el mismo sentido que Höffding (*Morale*, pág. 4), á saber: moral real y activa, expresada en los juicios y principios corrientes, en los modelos vivos y en las diferentes relaciones y formas de la vida, como la familia, la Iglesia, el Estado, etc.



realizarlo; cuando nos asalta la tentación de faltar al cumplimiento de un deber, la representación de la censura pública acompaña á nuestro particular juicio de censura, y nos cohibe de cometer la falta. Esta presencia en nuestro interior del juicio público, como sostén del privado, es lo que se llama *publicidad*, elemento indispensable del sentimiento moral. Ambos juicios marchan paralelos, debilitándose ó fortaleciéndose el privado á medida que se oscurece ó se aviva la representación del público. La falta cometida en secreto apenas nos causa pesadumbre; lo único que nos atormenta es el temor de que se descubra; porque falta la publicidad. Por la misma causa, el sentido moral de la persona que, una vez terminada su educación, se separa de la sociedad rompiendo con ella todo linaje de relaciones, se debilita poco á poco. Recíprocamente, cuanto más viva es la representación en nuestra conciencia del juicio moral de nuestros semejantes, tanto más firme y categóricamente formulamos nuestro particular juicio. Por donde es obvio que el juicio privado depende del juicio público. Esta relación se invierte en los individuos que conciben, en una ó más relaciones, un ideal superior á la moral de su tiempo. En este caso, el juicio privado se sobrepone en aquellos extremos al público, hasta que la actividad social efectúa el progreso requerido abandonando los antiguos por los nuevos modelos.

El ideal moral de cada individuo, aunque proveniente del mismo fundamento que los de sus semejantes, los modelos sociales, es peculiar suyo, singular, único. No hay dos ideales personales idénticos. Á esta diferenciación concurren varios factores, entre otros la posición económica, el sentido y grado de la educación, la profesión ú oficio, la cultura y, sobre todo, la herencia física. Varía esta última, principalmente, según la proporción entre la sustancia blanca y la sustancia gris del cerebro: fija, invariable, asiento de las actividades instintivas, la primera; inestable, plástica, asiento de las actividades conscientes, la segunda. El predominio de la fijeza da origen á un tipo atávico, á un grado inferior de or-



ganización, en que privan los procesos automáticos y la capacidad educativa es muy escasa; el predominio de la plasticidad va acompañado de un alto grado de conciencia personal, gran poder inventivo y extraordinaria adaptabilidad á los modelos sociales. Estos dos grupos de organizaciones no se compensan. Mientras las variaciones en el sentido de la fijeza dan origen á caracteres poco morales y aun amorales, las variaciones en el sentido de la plasticidad producen simplemente tipos dóciles á las influencias del medio; y como éstas lo mismo pueden ser buenas que malas, no pocos individuos de este grupo van á sumarse con los del anterior. Digo no pocos, porque como el cumplimiento del deber impone siempre el sacrificio de las tendencias habituales, hay por parte de los individuos inclinación á descender á grados inferiores de carácter, bajo el influjo de la sugestión. Esto contribuye á explicar el que sean tan lentos los progresos del sentimiento moral.

Resulta claro de lo expuesto que las normas sociales de conducta tienen dos modos de existencia: existen en la conciencia colectiva, expresadas en máximas, modelos é instituciones, que son unos y los mismos para todos; y existen en las conciencias individuales, interpretadas en cada una de modo especial, marcadas con el sello de la personalidad y determinando conductas diferentes. Aquí todo es privado: cada individuo llama  *suyos*  su ideal y sus actos. Esta diferenciación, sin embargo, no da base para la división de la Ética en individual y social, por la íntima conexión que existe entre los dos ideales privado y público, lo que hace que todo acto revista entrambos caracteres. Aquella división únicamente puede fundarse en el fin al que los actos tienden: si al desarrollo del individuo, la Ética es individual; si al perfeccionamiento de la sociedad, social. Para la primera, el individuo es fin; para la segunda, medio. En importancia, no difieren una de otra; puesto que el individuo vale para la sociedad en la medida únicamente en que vale para sí mismo. Aplicaciones ambas de una sola actividad, hállanse trabadas



entre sí por condicionalidad mutua, perfeccionándose la sociedad al tenor que el individuo se desarrolla y avalorándose el individuo en la medida que la sociedad se perfecciona.

### B.—Génesis del ideal moral en la sociedad.

Á la manera que el individuo se mueve entre modos de actividad fijos, habituales, casi inconscientes, y un tipo más perfecto de conducta, á cuya realización tiende, de la propia suerte hallamos en la sociedad, además de la moral positiva, expresada en mandamientos y costumbres, un ideal de vida más perfecta, que aquélla se afana por realizar (1). ¿De dónde proviene este ideal? De las conciencias individuales, dice Baldwin (2), supuesto que nada hay en la sociedad que no haya sido pensado por los individuos. Pero si acabamos de ver que el individuo recibe su ideal de la sociedad, ¿no incurrimos en círculo vicioso diciendo ahora que la sociedad recibe el suyo de los individuos? No, contesta Baldwin: es uno de tantos círculos por los que la naturaleza resuelve á menudo el problema del desarrollo. La respuesta es ingeniosa, pero no satisface. ¿Cómo, en efecto, el individuo, incapaz de concebir para sí mismo un ideal, siquiera rudimentario, sin el concurso de la sociedad, es capaz luego de proveer á ésta de un ideal nuevo y complejísimo? ¿Cómo el que no puede lo menos ha de poder lo más? El punto requiere nuevo análisis.

Hay en la doctrina de Baldwin un extremo incontestable, á saber: que el ideal social lo conciben los individuos. Mas

---

(1) Ejemplos: hoy, el respeto á la propiedad privada es parte de la moral positiva; limitar la propiedad privada á nombre del interés colectivo es parte del ideal social. Dejar á cada individuo en libertad de no trabajar es parte de la moral positiva; obligar á todos á contribuir con su esfuerzo al bien colectivo es parte del ideal social.

(2) *Interp. sociale et morale des princ. du develop. mental.*



¿cómo lo conciben? ¿Por la sola virtud de su pensamiento, creándolo? No. Los individuos se educan, ascendiendo por la jerarquía de los modelos sociales, merced á la presión, más ó menos intensa según la resistencia de la herencia física, que sobre ellos ejerce la sociedad. En este proceso, el individuo solamente pone la aptitud; la sociedad pone todo lo demás: la norma, el estimulante y la sanción. El que se desarrolla es el individuo, el fundamento (1), y la causa del desarrollo, la sociedad. Terminada la educación, cuando el individuo se ha apropiado el último y más perfecto modelo social, entonces solo, de por sí, sin el auxilio de nadie, se lanza á la concepción de un nuevo ideal social y á éste acomoda su conducta, ejerciendo él mismo presión sobre sus hábitos y aficiones. ¿Qué milagro es éste? ¿Cómo ese individuo, que no ha podido dar un solo paso en su educación moral sin la tutela de la sociedad, adquiere de repente la virtud de marchar solo y por derroteros desconocidos, concibiendo nuevos ideales y abrazándolos como modelos? Evidentemente, debe haber aquí un factor que no ha sido bien visto. Para descubrirlo, consideremos las variaciones individuales.

Todo individuo debe nacer dotado de una herencia física que le capacite para apropiarse los modos de pensar y de obrar indispensables para vivir en sociedad. El que nace sin esta capacidad es suprimido, en una ú otra forma. Pero dicha capacidad es muy varia; recorre una serie muy dilatada de grados, desde el mínimo indispensable para ser admitido á la vida social, hasta el máximo capaz de renovarla. Si abarcamos de una ojeada esta serie en toda su extensión, notamos una distinción muy importante. Hay individuos, y son los más, que nacen con aptitudes para apropiarse los diversos modelos sociales de conducta, hasta los más perfectos; pero sin poder dar un paso más allá. Estos individuos, cuyo juicio se acomoda y ajusta al juicio colectivo, componen un

---

(1) Digo fundamento, porque la misma aptitud del individuo tiene su origen en la sociedad.



tipo medio, lo que se ha dado en llamar *media social* (1), que es custodio de la civilización heredada, condición para los ulteriores progresos y base de la ley de la mayoría, la cual no es una ficción, es una realidad: la voluntad del hombre medio. No carecen por completo los tales de iniciativa; la tienen, pero en grado mínimo. Por esto constituyen la fuerza conservadora, que, mantenida en sus justos límites, es una tendencia sana, destinada á preservar de la ruina las valiosas conquistas de las generaciones fenecidas; pero que si llegase á prevalecer, determinaría el estacionamiento de la sociedad.

Alrededor de este tipo se produce lo que desde Darwin se ha dado en llamar *variaciones*, individuos que, por el poder de su iniciativa, se elevan del nivel *medio* más ó menos trecho (2). Éstos, inspirándose en un criterio personal superior al de su tiempo, oponen su juicio privado al público; no se someten sin protesta á las imposiciones sociales, y trabajan por suprimirlas ó reformarlas, siendo los representantes de la tendencia progresiva, gracias á la que el ideal social se transforma y mejora. ¿Hasta dónde pueden llegar estas variaciones? Hasta límites muy extremos. De vez en cuando, por felices combinaciones de los agentes étnicos, aparecen individuos con aptitudes extraordinarias, de raro vigor intelectual, gran fuerza inventiva, sentimiento social profundo y singular poder de imaginación, que si reciben del *medio* los estimulantes requeridos para el cumplido desarrollo de sus dones y campo donde ejercerlos, se elevan á la concepción de pensamientos luminosos y verdaderos, que armonizan con todo el saber anterior de la sociedad, y los

---

(1) No debemos representarnos á los individuos del tipo medio á un mismo nivel; su ley es la variabilidad, proveniente del distinto poder de asimilación de cada uno. Su nota común es el no poder elevarse sobre el nivel de la moral positiva.

(2) Nos referimos exclusivamente á las variaciones positivas, únicas que nos interesan aquí. Las negativas caen por debajo del nivel *medio*, como locos, imbeciles y criminales.



imponen á sus contemporáneos por la fuerza arrolladora de su voluntad y la irresistible magia de su inspiración (1). Tales son los genios, que abren nuevos derroteros á la sociedad y la empujan á marchar por ellos.

Mas no se efectúa mayormente el progreso del ideal social por virtud de los genios, que aparecen muy de tarde en tarde, sino por el concurso de todos los individuos de inteligencia vigorosa y desinteresadas tendencias, que modesta y calladamente modifican de continuo y por innovaciones apenas perceptibles creencias, leyes é instituciones. Uno hoy, otro mañana, por sentir más vivamente que los demás este ó aquel valor social, la patria, la justicia, la libertad, la igualdad, ó por concebir una síntesis nueva que modifique el sistema de dichos valores, estos individuos se abstienen de practicar costumbres que juzgan inmorales, las sustituyen por otros modos de obrar, y si consiguen que sus contemporáneos acepten sus enseñanzas ó sigan su ejemplo, el ideal social queda renovado en período más ó menos largo. Tales son las fuerzas y tal el proceso por los que la sociedad forma y reforma su ideal moral.

¿Qué enseñanza no suministra esta doctrina para la solución del problema que nos ocupa? La muy importante de que la percepción del ideal social está reservada á los individuos mejor dotados, los cuales, por el extraordinario poder de su inteligencia y la intensidad de su sentimiento altruista, se apropian más íntimamente que los otros los pensamientos y modos de conducta sociales, se identifican más completamente con la conciencia colectiva, se socializan, si vale la palabra, en grado superior, y sobre esta base, por intuición ó por reflexión, se elevan, sobre las determinaciones peculiares del presente estado social, á la percepción de lo que este estado tiene de común con todos los pasados, á la percepción de la evolución, y desde esta elevada cumbre, en vista de todo el desenvolvimiento que la sociedad trae de

---

(1) James, *The Will to Believe*, págs. 216 y siguientes.



atrás, descubren su orientación y columbran, en generalidad un tanto vaga, pero segura, los lineamientos del estado social futuro inmediato. En esta operación, el individuo no pone más que la facultad de ver; la cosa vista la pone la sociedad. Todo estado social contiene la síntesis de lo pasado, expresada en la herencia, y los gérmenes de lo futuro, expresados en las quejas y deseos que á toda hora se formulan; y la labor del individuo se limita á apropiarse fiel é íntegramente la herencia, y mediante esta apropiación, penetrar en la corriente evolucionaria é interpretar desde ella los gérmenes del estado social futuro. Estas interpretaciones son el ideal. Lo ideado, por tanto, está en la sociedad. Se trata de una simple operación de conocer, en la que el objeto del conocimiento es la gran síntesis social. Y puesto que los individuos que realizan esta labor son los que por sus dotes se identifican más completamente con el espíritu colectivo y la efectúan, no por lo que tienen de individual, sino por lo que tienen de social, es obvia la conclusión de que la sociedad misma es la que, por órgano de sus individuos vivientes, forma y reforma su ideal moral.

Las modificaciones del ideal social pueden aparecer en la conciencia de un solo individuo ó en las de varios á la vez: en uno y otro caso, desde el instante en que son vertidas en el medio, empiezan á propagarse, y cuando han penetrado en la conciencia de la mayoría de los individuos del grupo, son formuladas en preceptos breves, que á todos se obliga á guardar. Estos preceptos se dividen en positivos y negativos, conforme al doble aspecto que ofrece el ideal. Todo ideal, visto en sí, es positivo, manda hacer; visto en relación con el anterior, es negativo, prohíbe obrar. De aquí dos series de preceptos: positivos, que imponen á la actividad nuevas normas de conducta; negativos, que vedan los actos incompatibles con el nuevo sistema de valores sociales y que eran amoraes, lícitos ó hasta meritorios en la fase anterior. Ambas series de preceptos han nacido paralelamente, al tenor que se han desarrollado la



conciencia individual y la colectiva. Aduzcamos algunos ejemplos.

Las primeras agrupaciones humanas fueron homogéneas, gregarias, casi instintivas. El individuo apenas se diferenciaba del grupo. Cuando el desarrollo de la reflexión consciente llegó al punto requerido para que se formulara con cierta fijeza en lo interior de cada individuo el concepto yo, un sentimiento privó sobre todos, el amor á la vida, y de los labios de todos salió el precepto: «No matar». Conservar la vida fué el primer ideal de las sociedades; su contenido positivo, un grado superior de simpatía, expresada en una mayor solicitud de los padres para con los hijos y en un auxilio más eficaz entre los adultos; su aspecto negativo, *no matar*. Prosigamos.

Las primitivas sociedades fueron comunistas: alimento, albergue, utensilios, armas, todo en ellas era común. Esta situación se fué modificando por varias causas. La diaria competencia entre los individuos por sobresalir en la caza ó en la guerra; el constante esfuerzo de cada uno para expresar sus imágenes ó sus emociones con la misma viveza que las veía ó sentía; la lucha de cada vez más empeñada con el medio físico; la extensión de las relaciones sociales por el aumento de la población y la diferenciación consiguiente de ésta, condicionaron el progreso de las energías mentales, construyendo el individuo un concepto de su yo cada vez más propio é íntimo; y paralelamente á este desarrollo de la conciencia personal fué marchando la evolución de la sociedad, en la que llegaron á formarse pequeñas agrupaciones de carácter familiar, dotadas de cierta autonomía y bastante diferenciadas entre sí. Al paso que adelantaba esta doble transformación individual y social, el comunismo fué suplantado por la propiedad privada, que empezó por los adornos y se fué extendiendo sucesivamente á los utensilios, armas, alimentos, ganados y tierras. El resultado de estos cambios fué la formación de un nuevo ideal social, que se expresó en los preceptos positivos: «Dar de comer al ham-



briente, de beber al sediento, vestido al desnudo, posada al peregrino», y en el negativo: «No hurtar». Que estas dos clases de preceptos corresponden á un mismo ideal, pruébalo el que, si se suprime el negativo, desaparecen los positivos, volviéndose al comunismo primitivo.

La propiedad privada no tardó en aplicarse á las mujeres. Hubo un tiempo en que estuvo muy extendido el matrimonio por captura, si es que no fué el único practicado. Cuando el sentimiento de propiedad privada llegó á cierto grado de intensidad, aquella forma de unión sexual fué reemplazada por el matrimonio por compra, y entonces, siendo la mujer adquirida mediante la entrega de determinados objetos ó en remuneración de servicios, tuvo el hombre buen cuidado de guardarla, al par que opuso mayor resistencia al que trató de robársela, y en este caso, como los demás individuos del grupo habían adquirido la suya del propio modo, todos se declararon contra el raptor, siendo probable que se formulase entonces el precepto: «No codiciarás la mujer de tu prójimo».

De esta manera se ha formado y sigue formándose la doble serie de preceptos positivos y negativos. La sociedad progresa concibiendo nuevos ideales y modificando conforme á ellos sus instituciones y sus costumbres. En cada momento de este proceso ascendente, los individuos deben atemperar sus actos á las nuevas normas sociales y abstenerse de practicar los contrarios á ellas y que eran lícitos en la fase anterior. Las dos clases de preceptos son igualmente *perfectos* (1), puesto que del cumplimiento de unos y otros depende el progreso social. Los negativos tienden á impedir que la sociedad pierda las nuevas adaptaciones realizadas, recayendo en el estado anterior; los positivos, á transformar

---

(1) Kant llama *perfectos* los deberes cuyo cumplimiento se exige incondicionalmente, como los negativos; *imperfectos*, aquellos cuyo cumplimiento depende de ciertas circunstancias, como la mayor parte de los positivos. La verdad es que no hay deberes absolutos ó perfectos: todos, incluso el *nó matar*, están sujetos á condición.



el ideal en hábito, condición para ulteriores progresos. Si la sociedad asegura el cumplimiento de los negativos con fuertes sanciones, y no sanciona, ó sanciona levemente, la mayor parte de los positivos, fúndase en que la ejecución de los actos que los primeros vedan es un atentado á la nueva organización social, y en que no entraña gravedad semejante la omisión de los actos que ordenan los segundos; mas esto no constituye una diferencia esencial entre ellos (1), dado que los preceptos positivos que imponen prestaciones indispensables á la vida de la colectividad, como el de contribuir los ciudadanos á sostener en proporción á sus fuerzas las cargas del Estado, son garantidos también con sanciones imponentes.

De lo dicho se desprende que, en un mismo grupo social y en un período dado de su vida, la Moral es una; mas no es una, sino varia, de un pueblo á otro, ó de uno á otro período de un mismo pueblo. La razón de esta diversidad reside en que el ideal moral tiene por objeto el perfeccionamiento de la sociedad, y como las condiciones de este perfeccionamiento cambian según el territorio, la población y el grado de cultura, en función de estos factores mudan también los preceptos morales. Ningún dictado, ni siquiera el más fundamental de todos, «no matar», ha reinado universalmente y sin excepción. Basta fijarse en que todavía hoy, en las sociedades más cultas, se mata en virtud de la ley. ¿Habremos de

---

(1) Á los preceptos negativos suele señalarse por móvil el interés bien entendido; á los positivos, la simpatía. (Lacombe, *De l'Histoire considérée comme science*, págs. 77 y siguientes.) No existe tal distinción. Todo progreso moral ha tenido por fundamento una nueva elevación y extensión del sentimiento humano, expresadas: la primera en una piedad más intensa con nuestros semejantes desgraciados y un deseo mayor de aliviarlos; la segunda, en extender la relación moral á personas con las que no se tenía antes ningún deber. Ejemplo: el Cristianismo predicó un amor mucho más elevado y extenso que el paganismo, en cuya virtud se empezó á mirar como hombres á los esclavos, excluidos antes de la relación moral; y á medida que este sentimiento penetró en la sociedad romana, los emperadores dictaron aquella serie de disposiciones prohibiendo á los amos matarlos, mutilarlos, maltratarlos y venderlos.



concluir de aquí que no hay nada fijo en moral? No. Sobre todas estas diferencias flota un principio común: la igualdad de consideración, de la que nace la reciprocidad de conducta, expresada en aquellos dos inmortales preceptos: «Haz á otro lo que quieras para ti. No hagas á otro lo que para ti no quieras». Estos dos preceptos son comunes á todos los sistemas morales del mundo. Si el hombre reconoce en su semejante un igual suyo, establece con él reciprocidad de derechos y de deberes y funda una moral y una sociedad; si no le considera como igual, la reciprocidad no se establece, la sociedad y la moral no se fundan. Así en todas las sociedades primitivas hallamos la moral limitada á los individuos que las componen, no existiendo deber de ninguna especie entre los de grupos distintos; y á partir de este punto, la vemos extenderse al mismo paso que, por la dilatación de los Estados, se ensancha el sentimiento de humanidad, hasta hoy, en que comprende á todo el linaje humano. La reciprocidad es requisito esencial para la moral, como lo es para la sociedad. Los jueces matan, porque el reo ha perdido, á causa de sus actos, el beneficio de la igualdad (1).

Las sociedades primitivas personificaron su ideal en el espíritu ó deidad que presidía á sus destinos, por la íntima conexión que entre ambas concepciones existía. Nacida y formada, al tiempo que el sentimiento moral, la creencia en una deidad tutelar, sostén de la comunidad y dispensadora de todos los bienes, el ideal social, representación de la sociedad más perfecta que en aquel estado era dable pensar, no pudo menos de ser considerado como revelación de una deidad concebida como la síntesis de todas las perfecciones. Entonces, los preceptos morales pasaron á ser mandamientos de Dios; sus infracciones, ofensas divinas, que fueron vengadas con ejemplares castigos. Á esta sanción en la vida presente se sobrepuso poco á poco la de la futura, como se ve claramente en la evolución religiosa del antiguo Egipto, con gran

---

(1) Lacombe, *De l'Histoire considérée comme science*, págs. 94-95.



ventaja para la Moral, que se halló provista de la fuerza necesaria para refrenar, en aquellos tiempos de barbarie, la brutalidad de los instintos y la violencia de las pasiones.

### C.—Contenido del ideal moral.

¿Cuál es el contenido del ideal moral? Si tenemos en cuenta que este ideal ha de ser *realizable*, es decir, que el que lo concibe ha de poder determinar su actividad conforme á sus dictados, sin lo que el ideal sería una utopía, é indefinidamente *progresivo*, alejándose del sujeto la misma distancia que éste recorre hacia él en cada uno de sus actos, reconocemos que el contenido del ideal se halla en íntima relación con lo presente. Lo que debe ser depende de lo que es. El ideal de conducta que yo concibo y que aspiro á realizar depende de mi actual modo de pensar, sentir y obrar. Por esto varía el contenido del ideal moral en cada sociedad y en cada una de las fases que éstas recorren. Mas en todas las sociedades y en todos los tiempos, dicho contenido ha sido expresado por una misma palabra: el bien. ¿Y qué es el bien? Bien es todo lo que tiende á conservar ó desarrollar la vida, como mal es todo lo que conduce á menoscabarla ó extinguirla. Realizar un grado de vida superior al presente es la aspiración de todos los hombres, es adelantar un paso por el camino del bien. Síguese de aquí que el bien es una representación compleja, en la que entran todos los factores en que las diversas escuelas de moral lo han fijado: el placer y la utilidad, el egoísmo y la simpatía, lo bello, lo justo y lo verdadero; pero que no es ninguno de estos factores en particular. En todo ideal se contiene, como dice Maxion (1), un

---

(1) *Les elements et l'évolution de la Moralité* (en *Revue Philosophique*, Julio 1903, págs. 9 y siguientes).



elemento estético (1), visible principalmente en los deberes del hombre para consigo mismo, tales como el valor, en sus varias formas, la templanza y la sabiduría; un elemento lógico ó racional, implícito ya en lo estético, pero cuya expresión adecuada es la justicia, que tiene por base el saber y por regla la proporcionalidad (2), distribuyéndose la consideración en razón del mérito de cada uno; un elemento simpático, en sus dos formas, *pasiva* y *activa* (3), el cual puede crecer en intensidad hasta el sacrificio heroico y, combinado con la sabiduría, que discierne las relaciones entre todos los individuos de la gran sociedad humana, transformarse en el sentimiento de la solidaridad universal. En suma, todos los elementos concernientes al perfeccionamiento del individuo y al mejoramiento de la sociedad se hallan comprendidos en el concepto del bien. De aquí la multiplicidad de los efectos que produce en nosotros cada vez que lo realizamos: el goce intenso y puro con que inunda nuestra alma, la serenidad de nuestra conciencia, el culto á la verdad y á la sinceridad, el dominio sobre nuestros hábitos y pasiones, el sentimiento más intenso de nuestra dignidad, el mayor respeto y amor á nuestros semejantes.

La proporción en que estos elementos del ideal moral se combinan no es siempre la misma: varía de un individuo á otro, conforme á su temperamento y educación; de una sociedad á otra, en razón de su territorio, su población y la

---

(1) Los griegos exageraron este elemento identificando la belleza con la bondad, y en particular los estoicos, los cuales profesaron la máxima de que solamente lo bueno es bello. Modernamente han sostenido esta misma doctrina Herbart, que en su *Ciencia de la Educación* trata la Ética como parte de la Estética, y algunos de los llamados platonicos de Cambridge, como Enrique More.

(2) La proporcionalidad se da no solamente en la justicia distributiva, mas también en la conmutativa, si se tiene en cuenta que el valor de cada objeto cambiado es proporcional á su utilidad, belleza, rareza, etc.

(3) La forma pasiva consiste simplemente en sentir la ajena desgracia, como la compasión y la piedad; la activa, en trabajar por remediarla, como el amor y la beneficencia.



fase de su desenvolvimiento (1). Las personas muy piadosas suelen ser poco accesibles al sentimiento de justicia, como los celosos guardadores del cumplimiento de la ley á la piedad y al amor, y de este mismo defecto adolecen los muy solícitos de la perfección individual, como los estoicos y no pocos ascetas. El varón perfecto es aquel que reúne en sí, armónicamente combinados, todos aquellos elementos. En punto á las sociedades, en Grecia predominó el elemento estético; en la Roma antigua, el lógico ó racional; en nuestra Edad Media, el simpático. Las actuales sociedades más civilizadas ofrecen combinados, en proporciones casi iguales y grado muy elevado, los tres elementos, representado el estético por el amor á la *libertad*; el lógico, por la sed de *igualdad* y de *justicia*; el simpático, por el creciente sentimiento de *solidaridad*.

#### D.—Naturaleza del deber.

El ideal moral actúa sobre la conciencia, dictando la ley á que el sujeto ha de acomodar su actividad y requiriéndole con imperio á cumplirla. Este requerimiento imperativo es el deber. En el niño, que personifica el ideal en su padre ó maestro, y en las sociedades primitivas, que lo personifican en Dios, la ley es externa; la voz que habla en la conciencia es la del padre ó maestro en el primer caso, la de Dios en el segundo, y la eficacia del mandato depende generalmente del temor al castigo ó de la esperanza de premio, rara vez

---

(1) Son interesantes las observaciones que expone Maxion acerca de los sentimientos desemejantes que suscitan en nosotros los diversos elementos del ideal moral cuando los hallamos realizados en la práctica, y de la diversa manera con que se nos imponen y obligan, al objeto de mostrar el error de los que no reconocen más que una sola forma de obligación. (*Rev. Philosophique*, Julio 1903, págs. 13 y siguientes.)



del amor (1). La conducta determinada por estos móviles, aun en el caso de ajustarse estrictamente á la ley, es de orden inferior. Poco á poco, á medida que el niño se desarrolla ó que la sociedad evoluciona, las normas sociales van penetrando en la conciencia, donde surge al cabo la persona moral, autónoma, emancipada por completo de toda autoridad externa é imponiéndose por su propia virtud á todo linaje de impulsos y sugerencias divergentes. Entonces la ley ha pasado á ser interna, la misma personalidad ideal es la que la dicta y ordena al sujeto obedecerla. ¿De dónde proviene este carácter imperativo del deber?

De su propia naturaleza. La persona moral es la unidad sintética de la conciencia, la cual necesita afirmarse como tal en cada uno de sus actos, manteniendo su imperio sobre los modos inferiores de actividad, las tendencias habituales y las simpáticas, y haciéndolos servir á la realización del bien. Cuando uno de estos agentes subordinados tiende á ejecutar una acción que ha de romper el equilibrio interno, el ideal moral interviene ordenando al actor obrar conforme á la ley, con la fórmula imperativa «Haz esto», «No hagas eso». Este requerimiento que mi ideal dirige á mi actividad para que lo realice, este mandato de mi personalidad moral á mis tipos inferiores de personalidad para que se mantengan dentro de la órbita del bien, no puede menos de revestir la forma imperativa; porque no se trata de una cosa que pueda ser ó no ser; se trata de una cosa que forzosamente tiene que ser, supuesto que, caso de no ser, me divorciaría de la sociedad, rompería la unidad de mi conciencia, destruiría mi personalidad. Por otra parte, la unidad, ó lo que es

---

(1) Hasta en la más elevada de las regiones históricas, la cristiana, han sido muy pocos los que han inspirado su conducta en el puro amor de Dios. El que más se acercó á este ideal fué, sin duda, San Francisco de Asís. En los escritos de nuestros místicos, rara vez el amor se desprende por completo del hedonismo. La expresión más hermosa del amor divino como motivo moral es el *Acto de contrición* de San Francisco Javier.



lo mismo en el caso presente, la autoridad, no tiene otra forma de requerir al cumplimiento de la ley á las actividades subordinadas cuando éstas propenden á infringirla. Por su naturaleza, pues, el yo moral es imperativo, como por su naturaleza es sugestivo el yo simpático, é impulsivo el yo habitual.

El deber manda, mas no siempre es obedecido. De esto cada cual tiene experiencia propia. Lo regular, sin embargo, es que sea obedecido; de otro modo, la sociedad se disolvería. ¿De dónde saca su fuerza? De dos fuentes. Una, la *publicidad*, de la que ya hemos hablado, ó sea la representación del aplauso ó censura, presentes y vivos en la conciencia del actor, por parte de sus semejantes, acerca del acto que va á ejecutar. Esta fuerza social ejerce sobre el agente presión tan intensa, que á ella debe la ley moral la mayor parte de sus triunfos. La segunda fuente reside en el contenido del ideal moral, en ser éste la representación de una vida más amplia, intensa y perfecta que la presente; y como el amor á más vida es el sentimiento primordial de todos los seres, el desobedecer á la ley moral implica una negación, un retroceso; es obrar contra la tendencia de las energías más vivas y nobles de la naturaleza humana, lo que sólo en casos excepcionales, como constitución defectuosa ó perturbación mental, se comprende que pueda ocurrir.

Esto nos pone en camino de explicar el segundo carácter que Kant señala al dictado del deber, el de categórico, es decir, que manda, no condicional, sino absolutamente (1). Fúndase esto también en la naturaleza del ideal moral, que no es un fin parcial, susceptible de ser subordinado á otro y que pueda dejar de cumplirse sin grave detrimento de los intere-

---

(1) Todas las leyes que no son mera expresión de uniformidades naturales tienen algo de mandatos, como los principios de las ciencias y las reglas de las artes. Pero estos mandatos, aun en el caso de ser universales, son hipotéticos; por ejemplo: pasea, si quieres gozar de salud; estudia medicina, si quieres curar enfermos. Difieren de esta clase y ostentan carácter categórico las leyes de los gobiernos y las órdenes de los padres á sus hijos; pero es porque son, por lo regular, trasunto de la moral social las primeras, de la familiar las segundas.



ses sociales; es un fin total, comprensivo de la vida entera, en cuya realización estriban el desarrollo del individuo y la evolución de la sociedad; fin último, que no puede ser pensado como condición ó medio, y para el que son medios ó condiciones todos los demás fines. Hacia el ideal tienden, conscia ó inconsciamente, todas las actividades sociales. Surge el ideal en nuestro pensamiento con motivo de lo presente; mas no está en lo presente: ciérnese allá en una esfera superior, inaccesible á la condicionalidad de la vida, esfera intermedia entre lo presente y lo futuro, lo finito y lo infinito. Tampoco deriva de lo presente: procede de lo futuro. El ideal social es la representación general de una sociedad venidera más perfecta que la presente é indefinidamente perfectible, de un futuro social que se nos impone al pensamiento como infinito, y de aquí su carácter absoluto y su virtud de orientar nuestra vida, dando satisfacción cumplida á nuestros deseos, esperanzas é ilusiones. Por el esfuerzo constante de nuestra actividad á realizarlo, el ideal se acerca sin cesar hacia lo presente; mas desde el instante en que desciende al mundo de lo relativo transformado en hecho, surge y se levanta, trazando nuevos senderos á nuestra actividad, otra concepción más compleja y de orden superior. Así, á un ideal sigue otro, y otro, y otro indefinidamente, cada uno más perfecto que el anterior y siendo todos el sostén de la vida consciente, el fundamento del progreso, el camino por el que lo presente finito entra en relación con lo futuro infinito. No se descubre en todo el horizonte de la conciencia colectiva otra fuente de lo absoluto, y este elemento absoluto es el que, diversamente interpretado en cada una de las fases que ha recorrido la mentalidad humana, ha dado origen á ese abundantísimo caudal de deidades, mitos, teogonías, dogmas, ritos y supersticiones, que fueron norte y guía, aliento y consuelo de las antiguas sociedades. La conclusión casi no hay necesidad de formularla. Siendo el ideal moral absoluto, los dictados del deber no pueden menos de ser incondicionales, absolutos, categóricos.



**E.—Relación de la Moral con las otras actividades sociales.**

La Moral se halla unida por relaciones de mutua condicionalidad con las restantes actividades sociales. El mayor bienestar económico, atenuando los impulsos del egoísmo; la mayor fijeza en las relaciones de la familia, despertando entre sus individuos un amor más intenso y puro; los progresos de la ciencia, fundando la soberanía de la razón como directora de la vida; el desenvolvimiento de las artes, humanizando el sentimiento y extendiéndolo á un círculo cada vez mayor de personas, condicionan la renovación y el perfeccionamiento de los ideales sociales. Recíprocamente, el sentimiento moral reobra sobre aquellas actividades en el sentido de regularlas y ennoblecerlas, exigiendo, en las relaciones económicas, justicia más perfecta; en las familiares, un amor más desinteresado; en la ciencia, una representación más completa y verdadera del mundo; en el arte, una expresión más cumplida de la belleza. Por otra parte, el ideal moral influye en la religión, el derecho y la política, en términos de no darse un paso en estas actividades sino en la medida que aquél progresa. No se ha efectuado un solo adelanto en el sentimiento religioso, en las ideas de libertad, igualdad, justicia y solidaridad, en el concepto de la persona y en la organización del Estado, sino por imposición del sentimiento moral, así como toda depresión de este sentimiento ha ido seguida al punto del obscurecimiento de la idea divina, del menosprecio del derecho y de la relajación de los vínculos sociales. Sin la Moral, la religión es hipocresía; el derecho, injuria; la política, anarquía. Á su vez, la religión, el derecho y la política prestan al ideal social condición para ulteriores progresos, por el hecho de fijarlo, consolidarlo y perpetuarlo en mandamientos, leyes y sanciones. De donde



se sigue que, en relación con lo económico, lo genésico, lo científico y lo artístico, el ideal moral parece ser como su resultante; en relación con lo religioso, lo jurídico y lo político, como su fundamento. Sobre esta última conclusión no se ofrece duda; respecto de la primera, la experiencia histórica parece contradecirla.

Me refiero á los Estados que han efectuado notables progresos en la producción de la riqueza, en el crecimiento de la población y en el cultivo de las ciencias y las artes, sin que hayan adelantado otro tanto en los ideales morales ni en la organización social. Los ejemplos abundan. Los árabes de Bagdad y de Córdoba admiraron al mundo por los adelantos de su agricultura, industria y comercio, por el brillo de sus artes, letras y ciencias; y, sin embargo, su ideal social, su religión y su organización política persistieron casi invariables. ¿Qué valen los ideales morales, la concepción de Dios y la constitución política de los antiguos asirios, comparados con sus florecientes campiñas, sus espléndidas residencias reales, sus esbeltos rigurahes y sus originales bibliotecas? En nuestra misma España, cuando más postrada se hallaba en los tristes días de Felipe IV, cuando la miseria dejaba despoblados los campos y la depravación expulsaba á la virtud de nuestras ciudades, el gran Velázquez pintaba sus incomparables lienzos y el profundo Calderón escribía sus inimitables dramas. ¿Qué debemos concluir de esto? ¿Que los progresos en la constitución económica, genésica, artística y científica no influyen en el adelanto del ideal moral? No. Esta antinomia es aparente, y para explicarla, basta con distinguir el progreso cuantitativo del cualitativo.

No en el aumento de la riqueza, ni en el crecimiento de la población, ni en el número de obras de arte, ni en el caudal de conocimientos, consiste principalmente el progreso. ¿Qué importa que la riqueza abunde si se la reparte injustamente, sirviendo de pasto al vicio en vez de servir de estímulo á la virtud? ¿Qué importa que los ricos polígamos tengan muchos hijos si no los aman como padres ni cuidan de



educarlos? ¿Qué se adelanta con atesorar conocimientos si todos son de un mismo grado de complejidad? ¿De qué sirve multiplicar las obras de arte si cada una es repetición de la anterior? En todos estos casos aumenta la cantidad, no mejora la calidad: el progreso es aparente. En repartir cada vez más equitativamente la riqueza, en la monogamia cada vez más fielmente guardada, en adquirir conocimientos de orden cada vez más complejo, en producir obras artísticas que expresen concepciones superiores de belleza: he aquí en lo que consiste el verdadero progreso, y cuando este progreso se da, el ideal moral indefectiblemente se eleva. Por tanto, insistimos en la conclusión de que, en cada fase de la evolución, la alteza del ideal moral corresponde exactamente al grado de desarrollo económico, familiar, científico y artístico, y da la medida, á su vez, de la elevación del sentimiento religioso, del respeto al derecho, del desinterés y abnegación en el desempeño de las públicas funciones.

Hemos terminado el análisis de la relación ética. Retrocediendo ahora hasta el principio y abarcando de una ojeada cuanto llevamos expuesto, se nos ofrece clara la naturaleza de la actividad moral. Consiste, respecto del individuo, en la unidad sintética de la conciencia, que se impone en forma de deber á los impulsos del hábito y á las veleidades de la simpatía, subordinando unos y otras á la ley moral; respecto de la sociedad, en la representación ideal de una organización más perfecta que la presente, á cuya realización tienden, espontánea ó consciamente, todas las actividades sociales. Acabará de poner en claro la legitimidad de estas conclusiones el estudio de la evolución moral.



## III

## EVOLUCIÓN DE LA MORALIDAD

## A.—Predominio de la fuerza física.

No hay que buscar moralidad en las sociedades animales; sus individuos obran por impulsos instintivos, egoístas ó simpáticos. No hay en ellos ideal moral, ni sentimiento del deber, ni libertad: su reunión no constituye propiamente una sociedad; es un gregarismo, un rebaño (1). Cabalmente, no hubo en la tierra sociedad humana hasta el día en que brilló en la conciencia individual el primer destello de la reflexión, en cuya virtud un ideal obscuramente percibido y una presión del deber débilmente sentida intervinieron en la conducta, refrenando las tendencias instintivas y habituales. Mas á buen seguro que las nuevas exigencias ideales habrían sido vencidas por los impulsos fisiológicos, á no haber venido en su auxilio una fuerza poderosísima, la Religión, que recibió en su seno á la Moral y aplicó todos sus cuidados á defenderla y vigorizarla, escudándola con la autoridad y la sanción divinas, bastantes, no ya sólo para reprimir los instintos y domar las pasiones, mas también para sobrepo-

---

(1) Los casos que cita Darwin (*La descendance de l'homme*, págs. 103 y siguientes), expresivos de cualidades que en el hombre estimamos como morales, se explican por los móviles del placer y del dolor; y en cuanto á los efectos del adiestramiento, tiende éste, como dice Fulli-quet (*Essai sur l'obligation morale*, pág. 202), á destruir toda libertad, á hacer del animal una pura máquina, que repite automáticamente ciertos actos á una señal convenida; lo contrario precisamente de la educación, cuyo fin es desarrollar y fortalecer la libertad, hasta llegar á ser el niño dueño de sí mismo.



nerse á la satisfacción de las mismas necesidades naturales, incluso la más intensa de todas: el amor á la vida (1). La Moral no hubiese prevalecido; la Religión le prestó fuerzas para triunfar de todos sus enemigos, de las seducciones de la simpatía y de los arrebatos del egoísmo.

En esta unión de la Moral con las religiones positivas obsérvase que la primera ha constituido el elemento íntimo, libre y progresivo; las segundas el externo, autoritario y conservador. Y la reflexión nos dice que no pudo ser de otro modo. Para que el individuo pueda pensar una deidad buena, necesita concebirse antes á sí mismo como persona moralmente buena y sentir la obligación de realizar un ideal personal igualmente bueno. «Mi concepto de la divinidad, dice Baldwin (2), no puede comprender como atributo la bondad mientras la noción de mi yo no la posea; ni la ley de Dios puede ser ley para el hombre sino después que el hombre se haya aplicado esta ley á sí mismo.» El progreso no parte de la Religión, no procede de fuera adentro; parte de la Moral, procede de dentro afuera. De fuera provienen los elementos suministrados por la herencia social; pero el que se apropia estos elementos y el que por virtud de apropiárselos se eleva á concepciones morales y religiosas más y más complejas, es el yo inteligente y moral. Es más: á menudo, las religiones positivas no han favorecido el progreso; lo han resistido. Fijando de una vez para siem-

(1) Recuérdese á los mártires cristianos, que causaban admiración á sus verdugos por la fruición con que soportaban el tormento; á los brahmanes, que en el cuarto estado ó asrama de su vida, el de *yati* ó *sanyasin*, se retiraban al bosque á echarse en brazos de la muerte, y á los innumerables ascetas que han producido la mayor parte de las religiones. En la transición del estado bárbaro al civilizado, la historia nos muestra que la religión ha sido en todos los pueblos el más poderoso de los móviles, incluso el económico, quizás por lo mismo que, como dice Lacombe (*De l'Histoire considérée comme science*, pág. 126), es ella misma á modo de un suplemento de lo económico, lo económico imaginario; y así la vemos debilitarse á medida que se desarrolla lo económico verdadero.

(2) *Int. soc. et mor. des princ. du développement mental*, pág. 432.



pre en creencias y preceptos inmutables lo que se debe pensar y lo que se debe hacer, han tendido á inmovilizar al individuo y á la sociedad en un particular estado de su desenvolvimiento. Las religiones positivas sólo cambian cuando se las obliga, y la fuerza que las obliga á cambiar es el sentimiento ético. Todas las transformaciones religiosas han sido causadas por la evolución de los ideales morales. Bosquejemos á la ligera las fases de esta evolución, caracterizadas por el sucesivo predominio de la *fuerza física*, de la *inteligencia* y de la *simpatía*.

En las sociedades primitivas, así como en los niños, el primer valor social es la fuerza física, en sus diversas formas, empezando por la estatura y acabando por el poder. En los corros infantiles, el niño robusto que se lleva la palma en los ejercicios corporales obtiene de sus compañeros una consideración que no alcanzan el inteligente ni el estudioso. En los pueblos cazadores, el más ágil y fuerte es el que manda y dirige. Exactamente lo mismo pensaban y sentían los griegos de los primeros tiempos (1). En la *Iliada*, los héroes superan en talla á los mortales lo alto de la cabeza y lanzan á grandes distancias peñascos que no podrían mover cuatro hombres; y los dioses, á su vez, personificaciones ideales de los valores sociales, aventajan á los héroes en talla y fuerza muscular.

El primer progreso que se efectuó en esta dirección fué la posposición de la fuerza al valor, en el que se contiene un elemento psíquico, la serenidad de ánimo, y que pasó á ser principal objeto de admiración. No Ajax, de talla gigantesca y fuerza prodigiosa, sino Aquiles, el más bravo de los príncipes aqueos, es el héroe de la leyenda troyana; no las personificaciones de la fuerza, sino las del valor, salen victoriosas en nuestros romances de caballería y cuentos populares, y el valor es, todavía hoy, el ídolo principal de nues-

---

(1) Maxion, *Les elements de l'évolution de la moralité* (Rev. Philosoph., Julio 1903, pág. 17).



tras clases inferiores y objeto de admiración por parte de las superiores.

Con el tiempo, el valor fué á su vez suplantado por el poder, derivado de la subordinación de todos los individuos del cuerpo social al más valiente. No por más corpulento ni por más bravo, «sino por más poderoso y mandar á mayor número de hombres», fué elegido Agamemnón para dirigir la expedición contra Troya. Transmitido de padres á hijos y avalorado en el transcurso de los siglos con la sanción de los antepasados y de los dioses, el poder fué de cada día más respetado, al extremo de llegar á tributarse á su poseedor honores divinos. Baste recordar á los monarcas de los antiguos Estados orientales, á los emperadores romanos y á los reyes de nuestras monarquías absolutas de los siglos XVII y XVIII.

Este ideal de fuerza, valor y poder se aplicó á las mismas deidades, que fueron principalmente concebidas y adoradas durante toda esta fase por el atributo de la omnipotencia, de lo que son ejemplos Indra, en los arias védicos; Maroduk, en Babilonia; Amon, en Egipto; Assur, en los asirios; Jehová, en los hebreos; Zeus, en los griegos pelásgicos, y Marte, en los romanos. Al mismo ideal debieron su origen los innumerables héroes que llevaron á cabo tantas y tan maravillosas empresas, en las mitologías de los indios, caldeos, asirios, fenicios y griegos.

#### B.—Predominio de la inteligencia.

De la fase de la fuerza se fué pasando poco á poco á la de la inteligencia, cuya primera manifestación fué la astucia, y la última y más cumplida, la sabiduría. En todas las sociedades progresivas llega un instante en que los devotos del saber, sacerdotes, se sobreponen á los representantes de la fuerza, guerreros, y el atributo de la omnipotencia es reem-



plazado por el de la omnisciencia en las concepciones divinas. En la India, los *brahmanes* se erigen en directores de los *chatrias*, y sus dioses, Agni y Brahma, se suplantán á Indra; gobiernan en Egipto los sacerdotes desde la dinastía XX, y privan los dioses de los letrados y de la inspiración, Thot y Chonsu; en la Babilonia de Nabucodonosor, el cuerpo sacerdotal constituye la clase superior y directora, y su dios Nabu se iguala con el guerrero Maroduk (1). Esta transformación se sigue paso á paso en Grecia, donde tras la *Iliada*, que canta el valor y la bravura de Aquiles, viene la *Odisea*, que ensalza la astucia y la prudencia de Ulises, extendiéndose por este mismo tiempo el culto del dios Hermes, fecundo en artificios é inventos; donde á la veneración á los héroes, personificaciones de la fuerza y del valor, sucede la admiración á los sabios, representantes del sentido práctico, que formulan los resultados de la experiencia en máximas breves y recomiendan la moderación sobre todas las virtudes; donde, en fin, el respeto á los sabios es suplantado por la consideración á los filósofos, quienes, desentendiéndose de la relación de utilidad, cifran su aspiración en elevarse por medio de la reflexión libre á la percepción del orden que reina en el universo. El término de esta evolución fué el ideal socrático y platónico, consistente en la sabiduría, que mantiene en el individuo el equilibrio entre sus diversos elementos y entre éstos y el mundo circundante, realizando la armonía de la vida. Personificación de este ideal fué la deidad más noble del panteón helénico, Apolo, dios del orden y de la armonía, revelador de altas verdades, que exige de sus fieles sinceridad y dominio sobre sí mismos, sin mortificación de la naturaleza, equilibrio constante entre lo material y lo espiritual, severidad moral asociada á los goces de la existencia.

---

(1) Es digna de notarse esta sustitución de los dioses, paralela á la sustitución de los valores y clases sociales. Se ve á los dioses de un período decaer desde el punto en que el sistema de valores sociales empieza á alterarse. Hay una historia de las sociedades divinas paralela á la historia de las sociedades humanas.



En esta progresiva elevación del ideal moral que estamos bosquejando, á partir de la fuerza, se observa un proceso continuo de lo exterior hacia lo interior: la sabiduría representa el punto medio en este camino, el equilibrio entre lo externo y lo interno: todo paso ulterior había de romper este equilibrio; mas semejante paso no podía menos de darse, porque la sabiduría, tal como la concebían los griegos, era egoísta, tendiendo á labrar únicamente la felicidad del individuo; aristocrática, peculiar del hombre libre; despiadada, no sintiendo compasión del esclavo, cuya condición estimaba irredimible, fijada por derecho natural. Las circunstancias que determinaron la continuación de aquel proceso fueron la fusión de griegos y de asiáticos, realizada á consecuencia de las conquistas de Alejandro Magno, y después, la unión de todos los pueblos mediterráneos bajo el cetro de Roma, los cuales hechos condicionaron una extraordinaria extensión y elevación de la conciencia social, despertando en ella, por vez primera, los sentimientos de simpatía, de igualdad y de justicia, sin limitación de razas ni de lugares. Manifestaciones de esta nueva corriente fueron: en el orden de las ideas, la aparición del estoicismo, que mira con desdén, por efímeros y azarosos, los elementos exteriores (la fuerza, el poder, la riqueza, la belleza y la gloria), que coloca el supremo bien en lo más íntimo del hombre, en la firmeza del alma y la soberanía de la voluntad, y que llegó con Marco Aurelio á una piedad universal y á un amor verdaderamente humano; en el orden de los hechos, la tendencia creciente de los romanos á emancipar esclavos por testamento, y de sus emperadores, especialmente desde los Flavios, á extender el derecho de ciudadanía á todos los habitantes del Imperio, levantar establecimientos benéficos y dictar disposiciones encaminadas á mejorar la condición del esclavo. Para el estoico, ya no consiste la virtud en el equilibrio entre el individuo y el mundo circundante: es toda ella interna, consiste en el dominio del hombre sobre sí mismo, en mantenerse firme y sereno, asido á la roca de la voluntad



sobre las mudanzas y contrariedades de la accidentalidad del mundo. Bien se ve que el ideal estoico, por el temple de alma y la esmerada educación que requiere, estaba reservado á unos cuantos escogidos entre la aristocracia intelectual, á lo que añade el inconveniente de poner por encima de todo la propia felicidad, al extremo de aconsejar el suicidio ante el infortunio (1). Con razón ha dicho un moderno escritor que «la virtud estoica es una especie de egoísmo sublime» (2).

### C.—Predominio del amor.

Llegamos á un momento solemne en la evolución social, el momento en que el Imperio romano empieza á cuartearse, por las sublevaciones de dentro y las embestidas de los germanos; el porvenir se entenebrece, y las almas angustiadas, sintiendo hundirse lo presente bajo sus pies, se acogen á la esperanza en una vida futura, que adquiere por este mismo tiempo un desarrollo y eficacia extraordinarios, en virtud del creciente sentimiento de igualdad. La atención se fué fijando de cada vez más, á medida que este sentimiento se afirmaba, en que la justicia no se cumple en este mundo, en que no se reparten los bienes exteriores en proporción al mérito; y esta observación hizo que la vida futura, concebida hasta entonces como mera sombra de la presente, desdeñada y aun ridiculizada por los doctos y cuya creencia por parte del vulgo no ejercía influjo en las costumbres, se transformase en morada de sanción, donde la proporcionalidad rota en este mundo se restablecería, donde cada cual recibiría el premio ó el castigo ajustados á su valor moral. Al te-

---

(1) «Acuérdate: si el dolor no vale la pena de ser soportado, la puerta está abierta.» (Epicteto, *Discursos*, II, 3.) «La vida del hombre está toda en lo presente» y «si la casa arde, la dejo». (Marco Aurelio, *Meditaciones*, III, v y x.)

(2) Lecky, *History of european morale*, tomo I, pág. 191.



nor que esta concepción fué tomando cuerpo, se adelantó un paso allende el estoicismo, llegándose hasta el ascetismo, que ya habían practicado los brahmanes en la India y que ahora el Cristianismo introdujo y propagó en todo el Imperio.

El asceta no se contenta con despreciar el dolor, como el estoico; lo desea y lo goza. Los bienes exteriores le son odiosos; ama y busca la sencillez, la pobreza, la fealdad y la ignorancia. Los mendigos y los desgraciados son sus amigos, con quienes gusta de confundirse; huye de los ricos avaros y de los déspotas soberbios. Romper por la abstinencia y la mortificación todos los lazos con la carne, cuyo contacto mancha, y elevarse mediante reflexión intensa al grado más alto de posesión de sí mismo, para abismarse en la vida pura del espíritu, tal es la aspiración del ascetismo, que representa el último término en esta marcha progresiva del ideal moral hacia lo interno. Más allá de esta idealización abstracta del espíritu no se podía ir. Por este modo se abre la antítesis entre el alma y el cuerpo, lo espiritual y lo temporal; el Estado pierde el dominio exclusivo sobre la conducta, y la vida futura pasa á ser el centro rector de la presente (1).

Hay en este ascetismo, inspirado por la concepción de la vida futura, un elemento egoísta: la obtención de la eterna dicha á cambio del efímero dolor sufrido; pero supera con mucho á este móvil la corriente de sentimiento altruista que lo penetra y sostiene. Considerada la otra vida como morada en donde obtienen realización cumplida la justicia, la bondad y el amor, la práctica de estas virtudes se estimó como

---

(1) En este punto concreto tiene razón Kidd (*La civilización occidental*, cap. VII), con la adición de que esta concepción surgió del mundo antiguo; fué el fruto más ópimo que en el orden del pensamiento produjo el asombroso desenvolvimiento que la fundación del Imperio romano determinó en el sentimiento social. El Cristianismo tuvo su raíz en la Judea; pero se desarrolló en Alejandría, en Roma, en Grecia, en los grandes centros de cultura del Imperio, recogiendo y sintetizando las más nobles ideas é interpretaciones vertidas por todas las razas que habían tomado parte en la obra de la civilización.



el medio más seguro de alcanzarla, por donde la justicia, la bondad y el amor, realidades en la vida futura, pasaron á ser el ideal de la presente. Así, las religiones más penetradas del espíritu ascético, el Budhismo y el Cristianismo, han sido las propagadoras de una igualdad más radical, de un amor más intenso y de una caridad más ardiente. Puesto que los humildes serán exaltados y los soberbios humillados, todo el mundo quiso ser de los primeros, y disminuyó la distancia que separaba en la sociedad á los altos de los bajos; puesto que todos los hombres son hijos de un mismo Padre, que está en los cielos, todos se consideraron y amaron como iguales y hermanos; abiertas de par en par las puertas del cielo á los pobres y poco menos que cerradas á los ricos, todo el mundo se echó en brazos de la caridad para ser pobre; reputados los goces de los sentidos como causa de pecado, todos se esforzaron en sustraerse á su seducción por la mortificación y la fuerza de la voluntad; y por este modo, la justicia, el amor, la caridad, el vencimiento de sí mismo pasaron á ser el contenido del ideal moral. El advenimiento de este ideal se reflejó al punto en el concepto de Dios, que á los atributos de omnipotente y omnisciente sobrepuso los de infinitamente justo, bueno y misericordioso, y que, concebido como puro Espíritu, se hizo accesible al creyente, el cual pudo, mediante recogimiento y meditación, entrar en comunicación con Él, recibir su gracia y vislumbrar su gloria. Por la molición de la raza india y su propensión á la vida contemplativa, el Budhismo no produjo los frutos que eran de esperar; diólos, en cambio, muy colmados el Cristianismo, y en los pueblos del Occidente de Europa mucho más que en los del Sudoeste de Asia, por la tendencia de los primeros á la vida activa y emprendedora.

En la Europa occidental, este ideal cristiano de justicia, amor y caridad se sobrepuso al germano de fuerza, valor y poder, merced á los raros ejemplos de abnegación y sacrificio de sus propagandistas y al poderoso influjo que la creencia en la otra vida ejerciera sobre la conducta. Verdad es



que en lo ulterior tuvo sus decaimientos, por la imposibilidad de sostenerse el entusiasmo ascético á la misma tensión durante largo tiempo; pero resurgió siempre de cada depresión más fuerte y lozano que antes, en el siglo XII con la exaltación del Papado y en el XVI con la reforma religiosa, promoviendo y dirigiendo sin cesar la civilización de los pueblos sometidos á su influjo. Obra suya fueron, en parte muy principal, todas las transformaciones sociales y políticas de las colectividades europeas hasta el siglo XVII: la erección del Papado y del Imperio, expresión de la antítesis entre los intereses espirituales y los temporales; la federación de los pueblos cristianos bajo la hegemonía del Pontificado; el triunfo del poder real sobre el señorial, con la fundación de las monarquías absolutas, y contribuyó eficazmente al renacimiento de los estudios, á los descubrimientos geográficos y á la difusión de la cultura. Mas este ideal adolecía de dos defectos: provenía el uno de su enlace con la religión, la cual, si le servía de sostén, lo limitaba en cambio á una fracción del linaje humano, reconociéndose como hermanos únicamente los que comulgaban en las mismas creencias; radicaba el otro en su carácter ascético, que, apartando á los fieles del trabajo y de la lucha, embarazaba el desarrollo del individuo, base y resorte del progreso social. Para corregirse de entrambas limitaciones necesitaba constituirse con independencia, lo que solamente podría efectuarse cuando la voluntad, servida por un conocimiento sólido y extenso de la naturaleza individual y social del hombre, adquiriese la firmeza y el poderío necesarios para reprimir en todo evento los móviles parciales y regular la conducta conforme á la ley moral revelada por la ciencia. Esta condición empezó á darse en la segunda mitad de la décimoctava centuria, y entonces se inició esta radical y honda transformación en que todavía nos hallamos, y que conducirá, al parecer, á una completa renovación de los dictados morales y á una reorganización profunda de la sociedad.



## IV

## LA NUEVA ERA

## A.—Fundamento de la moral individual.

La evolución social contemporánea, que parte de la Revolución inglesa de 1688, es uno de los hechos más notables de la historia humana, no inferior en importancia á la propagación del Cristianismo por el Imperio romano. El renacimiento del siglo xv, trayendo á la vida las civilizaciones griega y romana; los descubrimientos geográficos, desvaneciendo seculares creencias acerca de la forma de la Tierra y de la composición del mundo; la Reforma religiosa, erigiendo el criterio individual en fundamento de la fe, á la vez que vertieron en la corriente de la vida un caudal inmenso de cultura, motivaron en el desarrollo de la conciencia un paso de tal magnitud, que en lo ulterior, ni el pensamiento pudo someterse á trabas dogmáticas en la esfera á que su acción se extendía, ni la actividad desenvolverse dentro de la órbita del antiguo Estado. Reglas y dogmas fueron rotos; el individuo, emancipado, y fundada, sobre los derechos naturales de éste (1), una nueva organización política. La sociedad entró en una fase de la evolución que no había conocido el mundo antiguo. La vida futura fué cayendo en el olvido; la atención se volvió hacia la presente, y contra la reglamentación y el privilegio del antiguo régimen, la libertad y la igualdad fueron proclamadas como las condiciones fundamentales de la vida social. Por el influjo del hecho en la pro-

---

(1) Ritchie, *Natural Rights*, cap. I.



ducción de la idea, la Revolución inglesa proveyó de potentes alas al pensamiento, que se elevó en raudo vuelo á regiones no sospechadas hasta entonces. Ella inspiró á Locke y á los deístas ingleses su filosofía social, que abrazaron y desarrollaron en Francia Montesquieu, Voltaire, Rousseau, los economistas y los enciclopedistas, cuyas doctrinas se difundieron por toda Europa, creándose un estado general de cultura, «común á todos los pensadores de fines del siglo XVIII» (1), que fué la causa principal de la Revolución francesa, de idénticas tendencias que la inglesa, pero más filosófica, radical y expansiva. Desde este instante, fueron vanos todos los esfuerzos que se intentaron para obstruir el paso á las nuevas ideas, que en sucesivas revoluciones han volcado, durante el siglo XIX, el antiguo régimen en casi todos los Estados de Europa.

Todo este amplio movimiento giraba en torno de un solo eje, de un concepto nuevo, el individuo autónomo, fruto de toda la evolución medioeval y moderna, única realidad social entonces reconocida, sobre la que se asentó la nueva organización. En su consecuencia, la sociedad fué concebida como mera reunión de individuos; el Estado, como resultado de un pacto individual, teniendo por fin la felicidad de los gobernados, y por fusión, garantizar la seguridad y dejar el camino expedito á todos, para que todos pudieran lanzarse á la prosecución de sus fines en concurrencia irrefrenada, que proporcionaría á cada uno, por virtud de un supuesto sistema de leyes generales y divinas, la mayor suma posible de bienestar. Á un Estado individualista había de corresponder una moral individualista. Nada de sacrificios, nada de privaciones. Siendo el individuo la única realidad existente, no podía ser concebido en relación de subordinación: tenía que ser pensado como fin, y su felicidad fué declarada, en efecto, el único objetivo de las leyes y de los gobernantes. Hubo más: el individuo fué pensado como fin de sí mismo; y

---

(1) G. Clarke, *Bismarck*, en *Contemporary Review*, núm. 397.



en este respecto, debió dedicar su actividad á labrarse, de conformidad con sus instintos y hábitos, su personal felicidad. He aquí todo el deber; he aquí toda la moral: trabajar cada cual por su particular bien, porque «no siendo el interés de la comunidad otro que el de los miembros que la componen» (1), trabajar por el propio bien es trabajar por el bien de los demás. Desvanecida la noción de una sanción futura, el bien consistió en la satisfacción de las necesidades presentes, por donde lo económico pasó á ser el móvil principal de la conducta, y la Ética, la ciencia de los intereses individuales en el Estado bien ordenado. En torno de estos principios se mueve el pensamiento de todos los moralistas utilitarios que llenan el siglo XIX, desde Hume y Adam Smith hasta Spencer, Marx, Nietzsche y los corifeos del anarquismo idealista (2), observándose en esta dilatada serie (3) un progreso continuo á encerrar la Moral, de cada vez más, en la estrecha esfera de los intereses económicos, con preterición de cualquier otro principio directivo. El último término de este movimiento ha sido erigir en ley social la brutal lucha por la vida, en los mismos términos exactamente que gobierna el desenvolvimiento de las especies animales. Con razón dice Russell (4) que, en la teoría social, no sólo económica, de Marx, «no juegan papel alguno la justicia ni la virtud; no se invocan la simpatía humana ni la moralidad; no hay más derecho que la fuerza; el comunismo se justifica por su inevitable victoria». Con más crudeza aún proclama Nietzsche el derecho de la fuerza, calificando de «moralidad de esclavos» el ideal de simpatía y amor fraternal, y lanzando, á

---

(1) Bentham, *An Introduction of the Principles of Morale and Legislation*, pág. 3.

(2) Bruno Wille, *Die Philosophie der Befreiung durch das reine Mittel*, Berlín, 1894.

(3) No obstante las notables diferencias que en punto á la concepción económica separan unos de otros á Adam Smith, Malthus, Bentham, Stuart Mill, Spencer, Marx, Nietzsche, Kropotkine y Bruno Wille, todos siguen en lo social la misma dirección.

(4) *German social Democracy*, pág. 14.



modo de evangelio, aquellas tremendas frases: «Sed duros, hermanos míos. Estamos en posesión; somos los superiores; somos los más fuertes. Las cosas mejores nos pertenecen» (1).

Frente á esta dirección individualista, que si llegara á prevalecer retrotraería la sociedad á su estado primitivo, desde muy temprano se produjo, á la vista de los males que causaba la concurrencia irrefrenada, una poderosa corriente de sentimiento social (2). La reflexión no tardó en mostrar que el individuo suelto, fuera de la sociedad, no existe ni ha existido nunca: es una creación de la fantasía, hija de una percepción parcial, en su punto y hora inevitable. El individuo, ayer, hoy y siempre, vive dentro de la sociedad, y de la sociedad recibe, excepto los dones de la herencia física, todos los pensamientos y habilidades que posee al término de su educación. Ahondando un poco más en el análisis, descúbrese que la mayor y mejor parte de la herencia física es también producto del influjo colectivo. Consiste dicha herencia en instintos y en tendencias sociales, y sabido es que de los primeros nace el hombre casi desprovisto, siendo en este respecto inferior á cualquier especie animal, al paso que de las segundas trae un gran caudal, expresado

---

(1) Nietzsche, *The Twilight of the Idols*, pág. 235.

(2) También en esta dirección se ha traspasado de vez en cuando los justos límites, incurriéndose en el menosprecio del individuo ó exagerándose el sacrificio de su vida á la sociedad. Tal hicieron Fichte (*Die Grundzüge des gegenwärtigen Zeitalters*, págs. 70 y siguientes), para quien «no hay más que una sola virtud, la de olvidarse de sí mismo como persona, y un solo vicio, el de pensar en sí», y Comte, inventor del término *altruismo* y de quien es la frase: «el deber y la dicha consisten igualmente en vivir para otro» (*Politique positive*, IV, págs. 45-49). Reos de falta semejante, aunque en menor grado, se han hecho recientemente Wundt, que considera al individuo «como una gota en el Océano de la vida, y cuya dicha ó dolor no importa al mundo» (*Ethick*, páginas 429-430), y P. Carus, en cuyo sentir el fin de la Moral no es «el bien de mí mismo ni el de mis semejantes, sino el bien de los intereses supra-individuales» (*The Ethical Problem*, págs. 33, 38 y 40). Se olvida en estos juicios que el individuo sólo puede valer para los demás en la medida en que valga para sí mismo, y se propende á mirar la sociedad como una totalidad abstracta, mística.



en una capacidad extraordinaria para aprender, dejando muy atrás en este particular á los animales mejor dotados. Pues bien, estas tendencias, la parte más excelente de la herencia física, provienen de la presión que la sociedad en su secular evolución ha ejercido sobre las generaciones anteriores; son modificaciones impresas en la conformación nerviosa de los antepasados por estados sociales desaparecidos, y transmitidas por herencia.

La consecuencia de esto es que el individuo únicamente puede desarrollarse en el comercio social, y que su desarrollo consiste en apropiarse las normas de conducta que sus semejantes le ofrecen. Fuera de la sociedad, el individuo, caso de poder vivir, persistiría estacionado en el estado salvaje. Los modelos sociales de conducta representan todo el progreso que la colectividad ha efectuado desde su punto de partida, á costa de cruentos sacrificios, en la constante lucha sostenida, ya con el medio físico, ya con otros grupos humanos, y todo el camino recorrido en esta dilatada evolución es el que anda el individuo en unos cuantos años, no sin lucha y sacrificio también, sacrificio de los instintos, de los impulsos egoístas y de las sugerencias simpáticas. Esta lucha suele ser dura en el primer período de la vida individual, durante la educación, especialmente con los niños del tipo *contrariante* (1), de lo que guardan amarga experiencia los padres y los maestros; pero como á todo trance hay que salvar las leyes morales, síntesis de toda la evolución pasada, garantía de la mayor felicidad en lo presente y condición para los ulteriores progresos, la sociedad las impone hasta por la violencia, y cuando ni aun por este medio consigue que sean asimiladas y guardadas, por tropezar con constituciones mentales regresivas, no vacila en suprimir éstas en una ú otra forma, según los casos, para que no sufra mengua el tesoro de la herencia social. Terminado el período

---

(1) Baldwin, *Interp. soc. et mor. des princ. du Developp. ment.*, págs. 115 y 227.



do de la educación, el individuo sigue en el resto de su vida identificándose de cada vez más con el juicio público, afianzando en su conciencia el imperio de la ley moral, por el influjo del hábito, el ejemplo de los buenos, la extensión de su cultura ó su personal experiencia, y puede, según el vigor de su pensamiento, juzgar defectuosa la moral positiva y trabajar por reformarla, condenando ciertas costumbres y recomendando la práctica de otras, ó puede también, aunque por excepción, si posee el raro don de elevar su mirada sobre lo presente á todo el pasado de su pueblo y penetrarse profundamente del sentimiento colectivo, abrir á sus contemporáneos nuevos derroteros y persuadirles á marchar por ellos. Por virtud de estas iniciativas individuales, la sociedad corrige sus máximas y reforma sus costumbres, y luego, imponiendo estas máximas y costumbres á las nuevas generaciones, las fuerza á elevarse á un horizonte moral superior, marchando paralelos, por este modo, el desarrollo del individuo y la evolución de la sociedad.

Esta doctrina difiere radicalmente de la profesada por los moralistas utilitarios, quienes fundan la Moral exclusivamente sobre el interés del individuo, es decir, del yo habitual y egoísta, bajo el falso supuesto de que el bien del individuo así entendido y el de la sociedad son armónicos. No. Si cada célula desempeñase su función en interés suyo exclusivo, viviría un segundo el organismo; si cada hombre emplease su actividad no más que en perseguir su particular provecho, la sociedad se disolvería en un cerrar de ojos. Se olvida que el individuo contiene dos aspectos, el personal y el social. En el aspecto personal, único que consideran los utilitarios, el interés del individuo es opuesto al de la sociedad, y para obtenerlo no vacila, cuando lo erige en fin único de su acción, en abusar de sus semejantes, tiranizarlos, hasta suprimirlos si le estorban en la prosecución de sus empresas. Por esto es aún hoy tan débil el dominio de la Ética en las esferas donde, como la comercial y la política, halla el egoísmo campo abonado para imponerse. No se busque por



este camino la fuente de la relación moral; no se dará con ella. En el aspecto social, el individuo es, por lo contrario, una fuerza concurrente, integrante, ética, que aspira á identificarse con la sociedad, que subordina su provecho particular al interés público. Aquí, en la relación del individuo con la sociedad, es donde está el origen del sentimiento moral. Por excelentes que sean los dones de su herencia física y por mucho que hayan favorecido su desarrollo las circunstancias, el individuo es y vale mayormente por su representación social, y más ó menos, según lo que adelante por los caminos que la colectividad le presenta abiertos. Desplegando sus aptitudes á beneficio de los múltiples é intensos estimulantes con que de continuo le hostiga el medio social; elevándose, por la apropiación de nuevos elementos, á la concepción de síntesis más y más complejas, hasta nivelarse con la conciencia colectiva; asimilándose los modelos éticos, uno tras otro, hasta el último y más perfecto, es como el individuo sube, se avalora, se ennoblece, se hace persona social más y más cumplida, y al par se capacita para cooperar con sus semejantes á la común obra del progreso social. El individuo es tanto más perfecto cuanto más moral, cuanto mayor sea el dominio que ejerce su voluntad, orientada hacia el ideal, sobre los impulsos y sugerencias parciales; y es tanto más moral cuanto más social, cuanto más íntimamente se haya apropiado el sistema de valores aceptados por todos, de suerte que su juicio privado coincida con el juicio público y sus actos obtengan la aprobación y el aplauso de sus semejantes. Esta subordinación del individuo á la sociedad jamás debe romperse, ni aun en los casos de oposición más extrema. Ciertamente, el individuo necesita oponerse á la sociedad y á sus semejantes para afirmar y sostener su personalidad; debe oponerse también á aquellas creencias, instituciones y costumbres de épocas pasadas que condenan el ideal moral de su tiempo; pero estos dos linajes de oposición, únicos posibles, lejos de romper la relación de subordinación, la suponen y la fortifican.



Por tanto, el sistema de modelos sociales de conducta, más ó menos fielmente practicados por personas é instituciones, es el fundamento de la Moral individual, y su ley la subordinación del individuo á la sociedad (1). Preguntamos ahora: ¿cuál es el fundamento de la Moral social?

### B.—Fundamento de la Moral social.

Ciertamente, la sociedad es un agregado de individuos; mas no sólo de los existentes, á los que se contrae la moral utilitaria, sino también de los pasados y de los venideros (2). De los pasados, por la herencia social, ó sea el caudal de ideas, afectos, deseos, leyes, instituciones y costumbres, fruto de las adaptaciones realizadas por el esfuerzo de las generaciones muertas, para la mayor felicidad de la presente. De los venideros, por el ideal social, representación de una sociedad futura y más perfecta que la actual, por cuya realización trabajan y se sacrifican los vivientes, para la mayor felicidad de los que han de venir. Lo presente vive de lo pasado y para lo futuro. Todos los bienes con que la sociedad brinda al individuo desde su venida al mundo han sido conquistados por el perseverante esfuerzo de las generaciones desaparecidas, en secular y tremenda lucha contra el medio. En todo el dilatado curso que comprende ya el desenvolvimiento de los pueblos progresivos del centro y Occidente

---

(1) «La moral individual, dice Höffding (*Morale*, pág. 146), debe subordinarse á la social, sin desaparecer por esto delante de ella. Las virtudes, los deberes y los derechos del individuo no se justifican si no se considera á éste en el medio social, como miembro de la especie, cuya herencia ha recibido y á cuya evolución debe cooperar con todas sus fuerzas.»

(2) «Las conclusiones morales y los principios morales, dice Spiller (*Rev. Philosophique*, Enero 1905, pág. 41), son mayormente adquiridos, y para saber lo que es la moral entera hay que estudiar á los hombres, los vivos y los muertos.»



de Europa, cada generación ha recibido de la precedente su patrimonio, un conjunto más ó menos rico de conocimientos organizados y de habilidades reguladas, una determinada organización social, política, jurídica, religiosa, familiar y económica, un cierto grado de civilización, en suma; y este patrimonio, al que cada generación ha aportado todo el contingente que el grado de su desarrollo y las condiciones del medio le han permitido atesorar, es la resultante, el producto sintético de la labor de todas las generaciones pasadas, á partir del tronco primitivo. Á la manera que el individuo se desarrolla formando, en cada uno de sus estados, síntesis mentales más y más complejas, mediante la incorporación de nuevos elementos á los ya asimilados, así la sociedad evoluciona construyendo, en cada una de sus generaciones, síntesis sociales de cada vez más complejas, por la incorporación de nuevas adaptaciones á las recibidas por herencia. Cada generación se asimila el caudal que le transmite la precedente, lo enriquece con los nuevos materiales que se asimila ó elabora, con lo antiguo y con lo nuevo construye síntesis más comprensivas, y estas síntesis son las que transmite á la generación siguiente, resultando constituída la herencia social con lo más elevado y más noble que pensaron é hicieron todas las generaciones fenecidas. Ciertó que á cada síntesis nueva se abandona la antigua; mas no se rompe el vínculo entre ambas, manteniéndose siempre la herencia social en concierto lógico con todo lo pasado. Piérdense también materiales, pero únicamente los de carácter particular; las interpretaciones de carácter general subsisten. Todavía hoy son citados los romanos como maestros en derecho; los griegos, en filosofía y arte; los hebreos, en religión; los cristianos, en moral. De este modo, cada generación deja impresa su huella, ¡qué digo su huella! su propia alma, en la herencia social. En el patrimonio que nosotros hemos recibido de nuestros mayores late el espíritu de todas las generaciones que nos precedieron. Sin asomo de exageración, con entera verdad podemos decir que vivimos de la substancia de los



muertos. He aquí la base del antiguo culto y de nuestro actual respeto religioso á los difuntos, he aquí en qué consiste la única inmortalidad posible en este mundo (1). Cada generación se sobrevive en los pensamientos y obras que aporta á la herencia que recibe de la anterior y transmite á la siguiente, y estos pensamientos y obras persisten aun después que la sociedad ha desaparecido, difundiéndose á distancia considerable por el tiempo y por el espacio. Más de veinte centurias han transcurrido desde que murió la sociedad griega como Estado independiente; no han muerto, vivas están sus concepciones filosóficas, vivas sus creaciones literarias y artísticas en la conciencia de las sociedades europeas y americanas, y se difundirán probablemente, incorporadas á la actual civilización, por toda la redondez de la Tierra.

Por tanto, el primer deber de cada generación es guardar el inestimable tesoro de la herencia social, función que desempeña la clase conservadora. Mas no basta con guardar lo heredado; si cada generación limitase á esto su labor, la sociedad se estacionaría: es menester aumentarlo y mejorarlo, y esta función cumple la clase reformista. Ambas funciones son igualmente necesarias para el progreso social; si no hubiese quien conservara, no habría quien reformase, y el predominio de una ú otra de estas funciones determinaría el estacionamiento ó la disolución de la comunidad. Así, unos y otros, conservadores y reformistas, es decir, todos los vivientes cooperan por igual, aunque de distinto modo, á la evolución de la sociedad. Todas las generaciones que se han sucedido en las diversas sociedades, actuales ó desaparecidas, á partir de las pequeñas y simples agrupaciones ocultas allá en las profundidades de lo prehistórico, todas se han aplicado con igual empeño á reformar las creencias y procedimientos que recibieran de sus predecesoras. Por grandes que hayan sido entre ellas las diferencias provenientes de la raza,

---

(1) Lester Ward, *Pure Sociology*, pág. 43, New-York, 1903.



del clima ó del grado de cultura, todas han coincidido en este particular. Y sin embargo, cosa notable, ninguna ha recogido el fruto de sus afanes. No gozaron los contemporáneos de los Gracos, de Druso ó de Mario de la igualdad jurídica por la que tan briosamente lucharon; gozaron de ella los romanos del Imperio. No disfrutaron las naciones europeas de los siglos XVI y XVII de la libertad religiosa por la que sostuvieron tan enconadas y sangrientas guerras; empezaron á disfrutar de ella las de la primera mitad del siglo XIX. No conocieron nuestros progresistas los derechos políticos por los que tantas veces expusieron sus vidas y sus haciendas; nosotros somos los que empezamos á gozar de ellos. ¿Qué significa esto? Que los vivientes no trabajan en provecho propio, sino en provecho de los que han de venir; no por lo presente finito, sino por lo futuro infinito (1). ¿Por qué? Por virtud de una ley superior, la ley de la evolución, que se impone á los individuos y mueve, sépanlo ó no, sus actividades á servirla, en términos que las sociedades marchan necesariamente por el derrotero que les señalan su pasado y la infinita condicionalidad cósmica en que se mueven (2).

---

(1) Casi esta misma idea expresó Kant al decir que en el concepto de la perfección moral es preciso «tener á la vista la perspectiva de una humanidad futura más feliz y mejor».

(2) ¿Qué es la evolución social? Estimo peligrosas las analogías biológicas; pero aquí me sale al paso una muy obvia, que puede facilitar la comprensión del concepto. Al modo que el desarrollo del organismo individual es la resultante de la cooperación inconsciente de las células federadas, así la evolución de la sociedad es la resultante de la cooperación más ó menos consciente de los individuos asociados. Las células se limitan á desempeñar sus funciones; pero estas funciones se hallan ordenadas de manera que todas concurren á un mismo objetivo: el desarrollo orgánico. De la misma suerte, los individuos se limitan á ejercer más ó menos conscientemente sus actividades; pero estas actividades se hallan concertadas de modo que todas conspiran á un mismo fin: la evolución social. La única diferencia entre el desarrollo del organismo y la evolución de la sociedad consiste en ser el primero inconsciente, al paso que la segunda tiende á ser más y más consciente.



Distingue Kidd, en el desenvolvimiento de los Estados del Occidente de Europa, dos épocas: señala, como rasgo característico de la primera, la «subordinación del individuo á la organización política existente»; de la segunda, «la subordinación de la sociedad misma, con todos sus intereses en lo presente, á sus propios intereses futuros», y estima que en la actualidad estamos pasando de la primera á la segunda época (1). Aplicada á la esfera de la acción, esta distinción es infundada; limitada á la esfera del pensamiento, indiscutible. En punto á la acción, no se advierte diferencia entre las antiguas y las modernas sociedades; todas han colocado la virtud en sacrificar lo presente á lo futuro, lo particular á lo general, ya el individuo á la patria (tribu, ciudad ó nación), ya la vida presente, efímera y penosa, á la futura, eterna y feliz. De otro modo, no se habría progresado. Para el griego y el romano, la virtud consistía en el sacrificio del individuo á la ciudad; mediante este sacrificio, la

¿De dónde proviene este concierto de las actividades individuales? De la herencia social. El interés fundamental de las generaciones adultas es transmitir esta herencia á las jóvenes, lo que constituye la obra entera de la educación. El contenido de la herencia se reduce, en último análisis, á pensamientos y modos de conducta, y el objeto de la educación es estimular con estos elementos el desarrollo de las actividades físicas y mentales de las nuevas generaciones y disciplinarlas, hasta el grado requerido para que todos sus individuos informen su conducta en las mismas ideas y normas, las ideas y normas impuestas por la evolución. De esta manera se obtiene el concierto de las actividades individuales. Desde este punto, los individuos, sépanlo ó no, persiguen en todos sus actos, allende los fines particulares que conciben, el interés de la evolución, que se les impone necesariamente y desde fuera. Según esto, la evolución es más que una ley: es una *fuerza social, proveniente del sucesivo y congruente esfuerzo de las generaciones pasadas y condensada en la herencia, que penetra con ésta en la conciencia de los individuos vivientes y, actuando á un mismo tiempo sobre el todo y sobre las partes, empuja á la sociedad hacia un grado de vida superior y más perfecto que la presente, en la medida que le fijan las condiciones del medio cósmico*. Por virtud de la evolución, las sociedades se hallan orientadas hacia lo futuro, y lo futuro es el centro regulador de lo presente. En este punto, la analogía entre el desarrollo orgánico y la evolución social es completa.

(1) Kidd, *La civilización occidental*, cap. V.



ciudad se enriquecía, mejoraba su organización y se transformaba en morada más feliz, para el goce de los venideros. Lo contrario acontece en la esfera del pensamiento. Las antiguas sociedades limitaban su finalidad á lo presente, á las relaciones del individuo con el Estado, y en lo presente buscaban la regla de sus actos y el logro de sus aspiraciones, ajenas por completo al pensamiento de lo porvenir; sin embargo, trabajando por la dicha presente, realizaban mejoras é inventos que transcendían á lo futuro, y de esta suerte cooperaban á la evolución, pero inconsciamente. El Cristianismo dió un gran paso colocando la regla de lo presente en lo futuro, pero en un futuro extramundano, que no modificó esencialmente las condiciones de la vida social, la cual siguió moviéndose en la esfera del Estado político. La Revolución inglesa de 1688 inicia la transición de la antigua á la nueva era; durante el siglo XVIII, se empieza á formar conciencia de la sociedad allende la esfera del sentimiento político; en el XIX, esta conciencia se extiende hacia lo pasado y se eleva, al propio tiempo, á la percepción del conjunto, siendo al cabo la sociedad concebida como un todo sustantivo, vivo, dotado de fuerza propia, independiente de la voluntad de los individuos vivientes, que se desenvuelve en virtud de la ley que subordina los intereses de lo presente á los de lo futuro y en la dirección que le traza la condicionalidad infinita que la envuelve. Ahora se percibe claramente la diferencia entre las antiguas y las modernas sociedades: consiste en la penetración de la conciencia en el proceso evolutivo de las segundas. ¿Y cuál será la eficacia de este nuevo factor? Importantísima. Las antiguas sociedades, desconocedoras de la ley de subordinación de lo presente á lo futuro, cuyo resultado es la evolución, no podían intervenir en ésta para regularla ó dirigirla; servíanla ciegamente. Tampoco podían prever la transcendencia social de sus actos, los cuales iban siempre más allá de sus propósitos y, á menudo, los contrariaban. Todos los innovadores romanos, desde los Gracos, se propusieron afianzar la república; la destru-



yeron fundando el Imperio. Para reforzar sus creencias marcharon los cruzados á la conquista de la Palestina; las perjudicaron. Por asegurar sus libertades apoyaron al poder real contra el señorial las ciudades medioevales; contribuyeron á fundar las monarquías modernas que las despojaron de ellas. Para el mayor esplendor de sus tronos fomentaron los reyes absolutos de los siglos XVI y XVII el cultivo de las ciencias y el desarrollo de la industria y del comercio; trabajaron por derribarlos. Esto no acontecerá en las futuras sociedades, cuyos individuos, conocedores de que el centro rector de la vida está en lo futuro, podrán influir consciamente en la evolución y prever las consecuencias sociales de sus actos. ¿Hasta dónde llegará esta intervención de la voluntad humana en la evolución de la sociedad? No se sabe. Nadie puede fijar límites al desarrollo de la conciencia reflexiva. Lícito es pensar, en vista de lo andado, que su acción será de cada vez más eficaz, y admitir como posible que se elevará en su día á principal factor de la evolución. No olvidemos, sin embargo, que persistirá por siempre el accidente, proveniente de la condicionalidad cósmica, á la que la previsión humana jamás podrá alcanzar.

¡Dirigir el hombre la evolución social! ¿Cómo, sin conocer lo porvenir? ¿Y quién osa hablar de conocer lo porvenir, es decir, lo que todavía no existe? Exacto. Lo futuro en general, lo futuro infinito, imposible que el hombre llegue nunca á conocerlo; mas tampoco lo necesita para influir en la evolución. Le basta á este efecto con conocer el estado social futuro inmediato, el cual se exhibe ya con claros indicios en lo presente; y este estado nos es conocido por medio de la representación ideal de la sociedad futura, que surge en nuestra conciencia á medida que ahondamos en el conocimiento de lo pasado y de lo actual. Este ideal social es nuevo en el mundo. No lo concibieron las antiguas sociedades, que colocaron la edad de oro en su punto de partida; tampoco las medioevales, que la situaron en una región ultramundana. Este ideal empezó á alborear en la décimooctava centuria,



y su expresión inmediata fué el concepto del progreso indefinido, que con tanta lucidez y precisión expuso Condorcet en su magistral *Bosquejo de los progresos del espíritu humano*.

El ideal social, he aquí el nuevo fundamento de la moral; su realización, la norma superior de conducta. ¿Quiere esto decir que carecieran de valor ético las antiguas sociedades? No, pero su ideal fué de bajo vuelo, limitándose á la subordinación del individuo al Estado, «á alcanzar la vida más perfecta posible, como dice Aristóteles, en la organización política existente» (1), y de aquí esa serie de instituciones y prácticas que nosotros condenamos por inmorales, tales como la ciudadanía exclusiva, la no existencia de deberes para con los no ciudadanos (2), la esclavitud, la exposición de los niños, el infanticidio y el desprecio del trabajo retribuido (3). Incomparablemente más elevada fué la ética del Cristianismo, que distinguiendo los intereses temporales de los espirituales y subordinando los primeros á los segundos, impuso como normas de conducta el respeto á la vida, el amor, la caridad, hasta el sacrificio de sí mismo por el prójimo. Pero el Cristianismo no pudo desprenderse por completo de la ciudadanía exclusiva de los antiguos, é influido por ella limitó el sentimiento de fraternidad á los que profesasen sus creencias, dejando fuera de su comunión á la mayor parte del linaje humano, los herejes y los infieles, con los que no se tuvo ningún deber, ni siquiera, en ciertos casos, el de respetar su vida. La Moral, circunscrita antes al pequeño círculo del Estado-ciudad, fué extendida á una esfera mucho más dilatada, el Estado-imperio, pero insignificante todavía, comparada con la totalidad de los vivientes. Un ideal social verdaderamente universal y humano, independiente del

---

(1) Aristóteles, *Política*, VII, IX.

(2) «Aristóteles estimaba que los griegos no tenían más deberes para con los extranjeros que con las bestias salvajes.»

(3) Aristóteles, *Política*, VII, IX y X; Bluemner, *Leben und Sitten der Griechen*, pág. XIV.



Estado político é inspirado en el sentimiento de lo futuro infinito, no ha iluminado á las sociedades hasta los presentes tiempos.

¿Y cuál es el contenido de este ideal? Los que imparcialmente fijen su atención en el desenvolvimiento de las naciones del Occidente de Europa desde fines del siglo xvii, convendrán en que lo primero que se vislumbra en lontananza es la organización de la sociedad sobre la exclusiva base del individuo, emancipado por completo de todas las tiranías que le han esclavizado hasta aquí (genética, geocrática y timocrática), y estimado únicamente por su valer personal, esto es, por la virtualidad de sus facultades y el grado en que las haya cultivado. En la primera fase de las antiguas ciudades y de las modernas naciones, el individuo sufrió la tiranía del linaje, en la segunda la de la tierra, en la tercera la de la riqueza; en las futuras sociedades valdrá por sólo ser hombre, y más ó menos según el grado en que realice esta cualidad. En consonancia con esta ley, se aspira á que todos los individuos, ricos ó pobres, reciban la educación conveniente y por el tiempo que sea preciso hasta revelarse sus aptitudes, y que desde entonces cada uno sea enseñado en el oficio de su predilección, para mayor felicidad suya y provecho de la sociedad. Trabajar por vocación es la principal base de la dicha personal y la primera condición para obtener del esfuerzo el mayor efecto útil. En este respecto, los individuos son aún hoy víctimas de una porción de tiranías de carácter familiar ó social. Por centenas se cuentan los sacrificados á emplear su actividad en dirección diversa de la de sus inclinaciones; por millares los talentos que, por ser hijos de pobres, no se cultivan ni aprovechan, y es incalculable la suma de energías que la sociedad malgasta en capacitar á ineptos, llevados de la ambición de juntar á los favores de la fortuna la gloria de un título académico. La selección para las funciones sociales directivas, limitada al presente á un reducido número de personas é imperfectamente practicada, se la quiere extender á todos los vivientes y que



sea ejercida con discreción y tino, sustituyendo en el medio social la finalidad humana al azaroso determinismo de las circunstancias. El trabajo empieza á ser estimado como el primero de los deberes y el único título para ser admitido á la vida social, reputándose el muscular, que los antiguos envilecieron con la marca de la esclavitud y los medioevales con la de la servidumbre, como no menos digno y noble que el mental. La instrucción es de cada día más apreciada; á difundirla se consagra creciente suma de energías valiosas, y á medida que se difunde, se ve disminuir la distancia que separa á los altos de los bajos y tornarse la sociedad más y más homogénea, circulando más fácil y rápidamente por ella los ayes exhalados abajo y las nobles ideas y afectos condensados arriba.

Es asimismo indiscutible, y no podrá menos de reconocerlo el que se fije en el continuo y rápido progreso de la igualdad en las naciones europeas durante el siglo XIX, en la esfera política primero y luego en la económica, que la supremacía de este sentimiento es otro de los caracteres del ideal moral que perseguimos. Ya cada individuo tiende á ver en su semejante un yo idéntico al suyo, sin otra diferencia que la de no ser el mismo, la de ser otro, y se siente impelido á respetarle y amarle como á sí propio (1). Este sentimiento de igualdad difiere del profesado anteriormente en extenderse á todos los vivientes, sin distinción de razas ó de religiones, y en aplicarse á todas las relaciones de la vida. Á su influjo van cayendo los privilegios subsistentes de estados sociales anteriores no justificados por el mérito personal de los que los gozan, quedando en pie únicamente las diferencias fundadas en la jerarquía de las funciones sociales y en las variaciones individuales derivadas de la herencia física. Cuando esta transformación llegue á su término, el campo del desenvolvimiento individual, erizado hoy de

---

(1) «Insensato, dice Tolstoi, quien cree que yo no soy tú.» (*Pensamientos.*)



obstáculos para muchos y completamente cerrado para no pocos, quedará expedito á todos, pudiendo recorrerlo cada cual libremente, hasta el límite que le marquen sus aptitudes y su conducta. No consistirá la libertad en el ejercicio irrefrenado del poder, sin otro objetivo que el provecho propio, obtenido mediante los recursos con que la civilización brinda y en daño á menudo de nuestros semejantes; consistirá en la facultad de elegir la función social más adecuada á un tiempo para la personal felicidad y para el bienestar colectivo, y en dirigir la actividad dentro de ella conforme á las normas morales. La igualdad social se armonizará con la diferenciación individual en los términos de la justicia, distribuyéndose la consideración y la fortuna en proporción á la eficacia con que cada cual concurre al progreso de la sociedad. Esta justicia proporcional es la aspiración más general y más profundamente sentida de nuestro tiempo, y su reinado pondrá fin á la ley biológica de la lucha por la vida, que aún predomina por desgracia en nuestras relaciones sociales.

Paralelamente con la igualdad, la libertad y la justicia, vemos desarrollarse las diversas formas de la simpatía (la benevolencia, la compasión y la piedad) y las virtudes consiguientes (la caridad y la beneficencia), llevadas en ocasiones hasta el sacrificio y el heroísmo. Admira la rapidez con que de treinta años acá se ha encendido en el pecho de las clases cultas y acomodadas la llama del amor y de la filantropía hacia los indigentes, los huérfanos y los desvalidos. No nos ofrece la historia ejemplo parecido. Por iniciativa de la sociedad más que de los gobiernos, se multiplican los asilos, ábrense centros de educación, fúndanse universidades populares. No cabe duda: se aspira á proveer á todos los humanos de medios económicos bastantes para satisfacer sus necesidades naturales y de las condiciones mentales requeridas para cumplir los deberes de ciudadano y participar de los purísimos goces que proporciona la contemplación de la cultura ideal en sus variadas formas. Estos sentimientos re-



primirán el actual derroche de riqueza. No podrán librarse los que vivan en la abundancia, al rendirse á los halagos de la vanidad ó á las sugerencias de la avaricia, del amargo recuerdo de que muchos iguales suyos viven en la indigencia, y del grito del deber ordenando á los unos abstenerse de insensatos lujos, á los otros domar los impulsos de la concupiscencia. No el propio haber, sino el haber social y la consideración de cómo los demás satisfacen sus necesidades, será la medida á que cada cual atempere la satisfacción de las propias. La dicha de todos será condición fundamental para la de cada uno, en términos que nadie podrá ser feliz sin que sus semejantes lo sean, como no es feliz la madre si no lo son sus hijos. Entonces será un hecho la solidaridad.

En suma, columbramos, en los remotos confines del horizonte moral, una sociedad más vasta é íntima que la presente, compuesta de individuos libres, morales, autónomos, señores de su pensamiento y de su actividad, más diferenciados entre sí que los actuales, por desplegar una personalidad de orden superior; más socializados juntamente, por convenir en un mismo sistema de valores sociales y de normas de conducta, donde todos cooperen á acrecentar el caudal hereditario y todos participen de los mismos goces materiales é ideales, en la medida que á cada uno fijen las diferencias de la herencia física y las circunstancias especiales de su desarrollo.

Tal es, en sus rasgos principales, el ideal social hacia el que adelantan, más inconscia que consciamente aún, las actuales sociedades más civilizadas. Desde el padre de familia, que se afana en ahorrar para sus hijos y darles educación esmerada, hasta el gobernante, que se desvela en reformar una institución; desde el magistrado, que apura su ingenio en averiguar todas las circunstancias del hecho para dictar un fallo justo, hasta el profesor, que se esfuerza en penetrar en el alma del niño para dirigirla con acierto; desde el químico, que á costa de mil ensayos logra descubrir una subs-



tancia que aporte una ventaja á la cultura material, hasta el filósofo, que se abisma en prolijas meditaciones para percibir la unidad oculta en la multiplicidad de los fenómenos del mundo, todos trabajan, todos se sacrifican para un mismo objeto: hacer efectivo el ideal social. ¡Qué orden tan admirable! Sobre los particulares fines que los diferentes individuos persiguen consciamente, en cumplimiento de un deber ó en satisfacción de sus gustos ó afectos, allá arriba, en una esfera á donde apenas llega todavía el pensamiento, existe un fin superior, al que en definitiva sirven todos sin saberlo, para el que son medios sus fines particulares, y este fin superior es la evolución del conjunto. Cada generación recibe en la herencia social el fruto del sacrificio de todas las pasadas; ella se sacrifica á su vez por las venideras, y este constante sacrificio de lo presente á lo futuro da por resultado el movimiento progresivo de las sociedades hacia la realización de ideales morales más y más perfectos.

## V

### CONCLUSIÓN

Los fundamentos de la Moral son, para el individuo, los modelos sociales de conducta que se ofrecen á su conciencia, después de haber sido apropiados, en forma de ideal moral personal; para la sociedad presente, el ideal que alumbraba cual estrella su camino, anticipación de una sociedad futura más perfecta. De estos dos fundamentos se originan dos grandes leyes morales: primera, subordinación del individuo á la sociedad; segunda, subordinación de los intereses de la sociedad presente á los de la sociedad futura. En estas dos leyes se condensa toda la moral. Y todavía, ambas



leyes se refunden en una sola: la ley del sacrificio. El individuo sacrifica sus instintos, sus hábitos, sus simpatías á la ley moral que le dicta la sociedad; la sociedad presente sacrifica sus costumbres, sus aficiones, sus placeres á la ley moral que le dicta la sociedad venidera.

Esta moral universal y humana no cabe en los moldes de las religiones positivas, y no es otra la causa de la diferenciación que se está efectuando á nuestra vista entre la Moral y la Religión, manteniendo la primera el carácter de sanción social y descendiendo la segunda á la categoría de sanción meramente privada. Porque las sociedades, so pena de retroceder ó de disolverse, no pueden menos de imponer á las actividades individuales las leyes morales, que son la síntesis de todo el progreso efectuado por la raza en la escala ascendente de la vida, la base de los ulteriores progresos y los caminos más fáciles de todos para alcanzar en lo presente la mayor suma posible de bienestar, ó sea para vivir vida más amplia é intensa. Por lo contrario, las sociedades no corren peligro, cuando llegan al grado de cultura que hoy alcanzan las europeas y americanas, en dejar á cada individuo establecer y regular libremente su relación con Dios. Por esto, al paso que se ha luchado durante siglos por la libertad religiosa y hoy gozan de ella varias sociedades, á nadie se le ha ocurrido jamás proclamar la libertad moral.

No se vaya á pensar por esto que la Moral es irreligiosa; lejos de esto, nos abre el sendero más derecho, quizás el único, para llegar á la percepción de un infinito que satisfaga las aspiraciones de nuestra alma, de un infinito consciente y libre. En vano se buscará este infinito fuera de la conciencia humana, en el mundo del espacio, donde todo está sujeto á un determinismo inflexible é inexorable, cuyos fenómenos contrarían con asaz frecuencia los afectos más puros y los deseos más vivos de los hombres y son causa de sus grandes desdichas. Sabido es que esta oposición entre las leyes del mundo físico y las del mundo moral ha sumi-



nistrado uno de los temas más fecundos á la literatura religiosa de todos los pueblos. Cabalmente, sobre ese mundo del determinismo está fundando su soberanía el pensamiento, que domina ya más ó menos, por la biología, sobre lo orgánico; por la química y la física, sobre lo inorgánico; por la astronomía y las matemáticas, sobre lo sideral, y se abraza la fundada esperanza de que seguirá extendiendo sus dominios hasta descubrir todas sus leyes y apropiarse todas sus energías. En vano se buscará igualmente lo infinito en la conciencia meramente individual, en la conciencia del individuo divorciado de la sociedad, cuyas ideas y deseos se concretan á lo presente efímero y vano, á la esfera de los intereses económicos y á los goces materiales de la existencia. La conciencia individual se eleva á la región de lo infinito únicamente en cuanto se identifica con la colectiva, y se capacita, mediante esta identificación, para abarcar de una mirada el curso entero de la evolución, percibir la gran síntesis social y vislumbrar, desde este elevado punto de vista, el ideal de un desenvolvimiento ulterior é indefinido en el sentido de la conciencia y la libertad. Por este camino han buscado lo infinito en todos tiempos las almas que más sincera y profundamente han sentido la Religión: profetas, propagandistas, mártires y místicos. Por tanto, lejos de ser irreligiosa, la Moral nos pone en comunicación con el único elemento capaz de suscitar en nosotros los sentimientos de dependencia y de misterio, que son los que integran la relación religiosa.

Con esto queda indicada también la norma de conducta que se nos impone á los que nos ha sido otorgado el don de ejercer funciones sociales directivas; conviene á saber: trabajar en apropiarnos los modelos éticos más perfectos que la sociedad nos ofrece; elevarnos luego, sobre lo peculiar del presente estado social, á la percepción de lo que este estado tiene de común con todos los pasados, hasta penetrar en la corriente evolucionaria, y desde ésta, fijando la vista en lo futuro, ampliar, completar ó renovar el ideal social é infun-



dirlo en el alma de nuestros contemporáneos por la enseñanza y el ejemplo. Así cooperaremos á la gran obra del perfeccionamiento moral, á que se realice en este planeta un grado superior de vida, á que la generación que nos suceda avance un pase más hacia lo infinito: divina tarea en la que hallarán satisfacción cumplida nuestros más puros sentimientos y nuestras aspiraciones más elevadas.

---



## CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SR.

DON EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN

---

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si siempre es grata la misión de dar la bienvenida á quien se dispone á compartir nuestras tareas académicas, no tan conocidas quizás cual debieran serlo y de que dan vivo testimonio las numerosas publicaciones que anualmente realiza esta Corporación, más lo es, si cabe, cuando este acto representa lauro conquistado por trabajos constantes de índole científica, por una vida consagrada noblemente á la difusión de la cultura y al aleccionamiento de la juventud.

No aminora ciertamente el mérito de muchos de nuestros colegas su activa y elevada intervención en la política y en la gobernación del Estado; antes bien tengo para mí que el conocimiento de la realidad que la vida pública requiere y suministra constituye un moderador utilísimo del pensar abstracto y solitario, una especie de seguro contra los idealismos que con frecuencia falsean la percepción de la verdad aun en los que más se precian de rigorismo científico y de sentido positivo.

Pero sería poco sincero quien negase que los prestigios de las altas posiciones del Estado facilitan singularmente el



acceso á las Reales Academias, y es natural que cuando tal honor se concede á hombres apartados del palenque de la política y reclusos en su gabinete de estudio, se estime como de orden más puramente científico la sanción pública de merecimientos que este acto representa.

El Sr. Sales Ferré es seguramente uno de los maestros de la Universidad española que con más devoción, con mayor ahinco y mejor fortuna han dedicado su esfuerzo y su inteligencia al progreso de la cultura patria, y en numerosas obras ha dado clara muestra de esas cualidades, nada comunes en nuestro país, de laboriosidad incansable, de arraigada vocación científica y de aptitudes docentes de primer orden.

No creo necesario entrar en una detenida consideración de obras tan importantes como *La Prehistoria y origen de la civilización*, *El hombre primitivo y las tradiciones orientales*, *Edad prehistórica y período oriental*, *Tratado de Sociología* (cuatro tomos), *El descubrimiento de América según las últimas investigaciones* y la *Continuación de la historia del siglo XIX por Castelar*, tomos V y VI.

Son lo bastante conocidas por cuantos siguen con interés en nuestro país las modernas orientaciones de las ciencias sociales é históricas y revelan condiciones pedagógicas y de erudición extraordinarias.

No es preciso tampoco encarecer el mérito de labores como la que representa la *Historia general*, obra premiada por Real orden de 28 de Junio de 1884 en concurso celebrado por la Dirección general de Instrucción militar, y digna del mayor aplauso en este país, cuyo atraso intelectual obedece, sin duda, como á una de sus más potentes causas, á la terrible enfermedad de obras de texto deplorables, inspiradas más por Mercurio que por Minerva, y que, patrocinadas á veces por altos prestigios, deforman y esterilizan desde la adolescencia el entendimiento de las nuevas generaciones.

Pero quiero hacer especial mención de dos opúsculos



que, á pesar de su brevedad, sintetizan, á mi juicio, el resultado de los estudios del que va á ser nuestro compañero, en su aplicación á la sociedad contemporánea, y que merecen el más cumplido elogio. Titúlase el primero *Civilización europea. Consideraciones acerca de su pasado, su presente y su porvenir*, y el segundo, *Causas de nuestra decadencia*, y ambos contienen elevados pensamientos y juicios dignos de ser tenidos en cuenta.

Ha publicado, además de los citados, el Sr. Sales Ferré varios trabajos y traducciones muy estimables.

El discurso que acabáis de oír refleja claramente las cualidades que se advierten en la labor total del nuevo Académico.

El recuerdo que dedica á nuestro llorado compañero don Francisco Silvela está profundamente sentido y felizmente expresado. Y aunque declinando el tratar con mayor extensión la vida de aquel hombre ilustre, en consideración inmerecida al modesto trabajo publicado por quien en este momento hace uso de la palabra, emite interesantísimos conceptos dignos de la mayor atención, relacionados con actos culminantes de la vida pública del que fué nuestro insigne compañero.

El deseo de honrar su memoria sugirió al Sr. Sales Ferré la idea de tomar como objeto de su discurso el tema: *Nuevos fundamentos de la Moral*.

Vosotros lo habéis escuchado. Entre otros méritos, que no es preciso señalar, tiene este trabajo el de la sinceridad. Su autor no oculta sus ideas ni sus arraigadas convicciones. De la labor copiosísima de investigación y de crítica efectuada en estos últimos años, excogita la que responde á su propio sentir, la moldea en su troquel y deduce rigurosamente las conclusiones que á su juicio se desprenden, indiferente á la crítica posible y animado por una fe intensa y vigorosa en el triunfo inevitable del bien, en el progreso sin límites de la humanidad.

No he de juzgar la doctrina. La Academia, según sus Es-



tatutos, no se hace nunca solidaria de las que puedan profesar sus individuos, y mi misión se concreta á dar en su nombre el parabién al Sr. Sales Ferré. Pero una costumbre, por todos respetada, me obliga á emitir algunas consideraciones acerca de la materia tratada en su discurso, y claro está que al hacerlo he de reflejar mi propio criterio.

## I

Es la ley moral la norma á que deben ajustarse en cada caso nuestras acciones voluntarias para realizar el bien. El bien del hombre es la armonía de sus facultades, el predominio de los elementos superiores de nuestra naturaleza en la vida individual y social, y, finalmente, la beatitud alcanzada por la clara visión de las cosas, por el dominio completo de las pasiones y por el sosiego definitivo de la voluntad.

Halla la Moral su fundamento en la realidad misma de la vida, en la naturaleza humana, cuyo fondo es permanente, homogéneo bajo la diferencia de razas y civilizaciones. Por eso todos los grandes moralistas han coincidido en sus preceptos fundamentales, y una inspiración análoga palpita en las máximas de Ptah-Hotep y Ke-Gemni, en las sentencias de Lao-Tzú, en las enseñanzas de Zoroastro, en la sabiduría de Israel, y en lo que compendia y perfecciona todo el esfuerzo de la humanidad hacia el ideal moral: el Evangelio de Cristo.

Se dirá tal vez que la Historia nos enseña que en estados de sociabilidad rudimentaria y de incultura extremas no existen relaciones morales propiamente dichas. Es cierto; pero allí están en germen, é inevitablemente la evolución de la vida las hará aparecer como condición de los bienes más preciados del hombre.

Es evidente que toda perfección duradera en la organi-



zación de las sociedades supone un progreso en el ideal moral, y siempre se ha reconocido que existen preceptos cardinales de la vida humana sin los cuales los vínculos sociales se relajan, las costumbres se corrompen y el desorden lo invade todo, produciendo la disgregación y la muerte.

No sin razón ha querido tratar de la Ética ó Filosofía moral nuestro nuevo colega en este acto solemne. En la confusión, en la subversión de las ideas relativas á la Religión, á la Moral y al Derecho, que caracteriza estos comienzos del siglo, las corrientes de disolución representan para nuestra patria un grave peligro.

En efecto, las teorías deletéreas de Max Stirner y sus continuadores, entre los cuales ocupa el primer lugar el malogrado Nietzsche; las afirmaciones parciales y erróneas del sensualismo, en su funesta y fácil labor de glorificar los instintos y las pasiones, no encuentran en nuestra patria ese nivel común de cultura moral que, en otros pueblos, opone resistencia invencible á la paradoja y al sofisma y constituye garantía firmísima de conservación y de equilibrio social.

España durante largos siglos sacrificó, en aras de la unidad, la espontaneidad y la vida en sus más nobles y necesarias manifestaciones. Se desconoció por los que regían nuestros destinos que las profundas convicciones, las que resisten á los embates y tienen eficacia suficiente para determinar la conducta, son las que han sufrido esa elaboración insustituible del examen razonado y de la crítica.

La autoridad externa como única norma, la receptividad pasiva erigida en ley, tenían que producir la atrofia por inercia de los elementos más fecundos de la organización mental de nuestro pueblo.

Así, en el siglo XVI, en el apogeo de nuestra grandeza, que fué el principio de nuestro decaimiento, tuvimos una verdadera pléyade de moralistas, entre los cuales descuella el admirable Fr. Luis de Granada. Pero posteriormente, y sobre todo en estos últimos tiempos, mientras en Inglaterra, en Alemania, en Francia, en todas partes, el ideal de la con-



ducta, la vida del espíritu, dan materia de estudio é inspiración á los pensadores y los problemas religiosos se dilucidan, y las cuestiones de Moral, de perfección de las costumbres, se discuten y apasionan, y las prensas de Nueva York y de Londres publican anualmente una cantidad prodigiosa de libros de Religión y de Ética, nosotros nos limitamos á traducir de tarde en tarde á nuestro idioma producciones ajenas.

En la misma educación de nuestra juventud, la preparación moral se limita á un verbalismo tan estéril que no es exagerado afirmar que no ejerce influencia alguna en la vida, determinada únicamente en este orden por la herencia, la imitación y las costumbres cada vez menos estables, cada vez menos á propósito para constituir una regla segura de acción.

Y esto cuando lo que hoy se pone en tela de juicio no son los añejos tópicos de la Moral independiente, de la naturaleza del Sumo Bien, del libre albedrío, etc., sino la Moral misma; cuando lo que se repudia y desacata son las reglas seculares de la conducta humana que el Oriente, Egipto, Grecia, Roma y el Cristianismo, en último y supremo término, señalaron como norte y guía de la vida individual y social.

No hace muchos meses que en el primero de nuestros escenarios nacionales se representó con éxito una obra dramática en la que los protagonistas, los que parecían interpretar las ideas sociales y morales del autor, no sólo estimaban absurda la fidelidad conyugal desde el momento en que surge un antagonismo de opiniones ó de gustos entre los cónyuges; no sólo consideraban inconveniente la monogamia, única salvaguardia de la debilidad de la mujer y de la santidad de la familia, sino que proclamaban la legitimidad del capricho momentáneo, nacido de un movimiento de erotismo pasajero. Y no era bastante que con repetir enfáticamente, al modo de Gabriel d'Annunzio, «Amor, ¡Amor!.....» como una invocación á la divinidad, se pretendiera santificar todo movimiento de lujuria, sino que se negaba toda ley moral y social en una apología vesánica de lo más degrada-



do que encierra la sociedad: el rufián, el asesino, el *sou-te-neur*. «¡Admirables gentes!» decía de ellos la heroína del drama, para quien, á estilo de Nietzsche, las acciones humanas no debían apreciarse por su valor moral, sino por la audacia, por la rebeldía, por la fuerza, en una palabra, de que fueran expresión.

Y el público no protestó en forma alguna: los padres de familia, acompañados de sus consortes y sus hijos, oyeron el nuevo Evangelio, y la prensa tuvo frases de elogio para la última producción de un autor en otras ocasiones tan justamente aplaudido.

Al lado de esto, ¿qué vale lo que pudiéramos decir de los escritores nietzscheanos que se jactan de despreciar la Moral; de los que, desconociendo que hasta Epicuro ordenó subordinar á los goces del espíritu los impulsos inferiores y reducir al *mínimum* las exigencias carnales, nos dicen que en la duda respecto á nuestro bien, lo mejor es dejarse sencillamente guiar por las pasiones?

El principio del desarrollo progresivo y armonioso de la vida como fin propio del hombre, doctrina llena de serenidad y elevación científica en Espinosa, de profundo sentido y de noble simpatía en Guyau, pierde, en los novísimos literatos, cuyo principal bagaje filosófico es la lectura de Nietzsche, toda su verdad y valor ético.

No es la vida como fuerza mecánica, de orden cuantitativo, de espontaneidad inconsciente, el fin de nuestra existencia humana; es, en todo caso, la vida que se manifiesta mediante nuestra más alta estructura orgánica y psíquica, la que responde á los anhelos de los mejores de los hombres y la única que puede satisfacerlos. Á esta vida responde el orden moral.

Por eso se puede afirmar que «para el hombre la vida es solo un medio» (1), y que, mientras el animal vive sólo por

---

(1) Gustave Belot, *Etudes de morale positive*, pág. 320, París, 1907. (*Bib. de phil. contemp.*)



vivir, es necesario que nuestra vida tenga un fin, un ideal, sin el cual pierde todo atractivo y cesa de ser amable.

Hoy más que nunca, en evitación del sufrimiento y el desorden que lleva consigo el predominio de los instintos inferiores y antisociales, en defensa de lo que constituye la dignidad humana y la base más firme de la dicha individual y de la armonía colectiva, es preciso señalar claramente el fundamento positivo indestructible de la moralidad, descubrir el abismo de abyección y de dolor que oculta bajo atractivas apariencias ese falso principio, según el cual no hay más orden que el de nuestros apetitos, en razón de su intensidad, no de su calidad, y no hay otra ley que la de su satisfacción.

Á tan alto fin tiende sin duda el trabajo del Sr. Sales Ferré, y en tanto, no es posible negarle en justicia sincero aplauso.

Hay en su enseñanza y en sus ideas abundante materia de controversia; y la crítica, en el recto sentido de esta palabra, hallaría ancho campo de estudio, de fecunda labor, de orientación conveniente y de rectificación posible.

No obstante su significación científica, se opone el Sr. Sales Ferré al concepto de la Moral que mantiene la escuela sociológica representada principalmente por Levy Bruhl, para quien la moralidad es un conjunto de fenómenos de orden social que es preciso estudiar, no con criterios subjetivos, sino con los métodos comunes á todas las demás ciencias, como la Física, la Astronomía, etc.

Diametralmente opuesto á este concepto es el que revelan las siguientes palabras del Sr. Sales: «El yo moral es la unidad sintética de mi conciencia, la cual necesita afirmarse como tal en cada uno de sus actos, subordinando á sus concepciones, que son las leyes morales, sus modos inferiores de actividad».

Levy Bruhl sostiene que los fenómenos morales son, ante todo, hechos sociales cuyas condiciones pueden señalarse por medio de la investigación científica, respetando su carácter peculiar, y afirma que, en vez de constituirse la moral po-



sitiva por la acción de la conciencia humana, es la sociedad la que impone á la conciencia individual el criterio de moralidad. Sus adversarios, y entre ellos Fouillée y Hoeffding, afirman con razón que la moral histórica, el estudio comparativo de las diversas formas de moralidad positiva, nos dan á conocer los hechos; pero que, como no se admita que lo real y lo racional son una misma cosa, siempre en esta moral objetiva faltará un elemento indispensable: el juicio acerca del valor de los actos y de las instituciones. La moral filosófica consiste, según Hoeffding, en el juicio sistemático del valor de las acciones, partiendo de una base determinada: la naturaleza humana.

De todo ello se deduce que si bien hay un fondo de verdad en la crítica de Levy-Bruhl del subjetivismo exclusivo en esta materia, si bien no carece de razón cuando habla con un punto de ironía de los filósofos que creen que *fundan* la Moral en la plena acepción de la palabra, no cabe prescindir del carácter especial de los fenómenos morales que supone siempre el dictamen de nuestra conciencia.

Así lo reconoce también explícitamente el Sr. Sales Ferré cuando nos dice que surge el ideal en nuestro pensamiento con motivo de lo presente, pero que no está en el presente. Y aun extremando algo el concepto, agrega: «Tampoco deriva de lo presente; procede de lo futuro».

Hay en el trabajo del Sr. Sales Ferré cierto eclecticismo por el que, lejos de merecer censura, merece aprobación. Á veces la lógica está reñida con la verdad, y por regla general, tanto más nos acercamos á ésta cuanto más nos apartamos de los criterios cerrados y más sabemos apreciar el elemento de unidad que contienen los sistemas al parecer opuestos.

Así, después de la parte destinada á señalar cómo, por un proceso meramente natural, nace el ideal moral en el individuo y en la sociedad, al exponer los caracteres, el contenido de este ideal, nos dice que es «la representación anticipada de un futuro social que se nos impone al pensamiento como



infinito, y de ahí su carácter absoluto». Y resumiendo en una frase todo su pensamiento, no muy conforme, dicho sea de paso, con los modernos estudios de psicología y de ética sociológica, pero adherido al viejo tronco de la metafísica, concluye el capítulo en los siguientes términos: «Siendo el ideal moral absoluto, los dictados del deber no pueden menos de ser incondicionales, absolutos, categóricos».

No creo preciso, ni cumple á mi objeto, realizar un estudio de la copiosa labor del Sr. Sales, respecto á la cual, por lo arduo de la materia y por otras circunstancias, haría en otro caso mayor número de observaciones. Mas como ilustración á la doctrina expuesta por nuestro sabio colega, de acuerdo con Baldwin, respecto á lo que debe entenderse por virtud—que, según él, no es, como comúnmente se cree, el hábito de hacer el bien, porque, añade, no cabe virtud en lo que se hace por hábito, sino que es «lucha, esfuerzo perseverante en combatir el habitual impulso y realizar una adaptación superior»—transcribiré el siguiente curioso pasaje de Schopenhauer: «Otro defecto más se ha hecho notar con frecuencia en el sistema moral de Kant. Es esa afirmación de que un acto, para ser verdaderamente bueno y meritorio, debe cumplirse por puro respeto á la ley, y no por inclinación, por benevolencia hacia otro, por simpatía, por piedad ó por cualquier otro movimiento de ternura; y que, por el contrario, la acción debe ejecutarse con violencia, venciendo cierta repugnancia. Este modo de comprender el acto moral es completamente opuesto al espíritu de virtud verdadera, pues no es el acto en sí mismo lo que es bueno, sino el amor de que procede; es el gozo de realizarlo lo que constituye todo el mérito. Así, el Cristianismo enseña, con razón, que todas las obras exteriores carecen de valor ético si no proceden de una intención generosa nacida del amor» (1).

Claramente se advierte la insuficiencia del criterio pura-

---

(1) *Le monde comme volonté et représentation*, edition Alcan, 1890, tomo II, pág. 125.



mente subjetivo para la apreciación del valor moral de nuestras acciones. Es de toda evidencia absurdo el considerar como superior en este orden la simple aminoración del egoísmo realizada con interior violencia por el hombre endurecido en el mal, al acto de sublime abnegación llevado á efecto con alegría, sin combate alguno por un alma inclinada y consagrada al bien.

Es, por otra parte, indudable que la constancia en el bien obrar constituye el hábito de la virtud, y que este hábito facilita las obras buenas sin disminuir en nada su valor moral. De admitirse lo contrario, resultaría que la suma santidad, ó sea ese estado del alma en que se hace imposible la transgresión de las leyes morales, sería la negación y término de la moralidad misma.

Es interesantísima la parte que consagra el Sr. Sales Ferré á la evolución de la Moral desde los tiempos primitivos hasta nuestros días. Al trazarla en grandes y comprensivos rasgos, nuestro compañero revela claramente lo abundante y escogido de sus lecturas, y se inspira mucho y muy felizmente en el notable estudio publicado por Mauxion acerca de «los elementos y la evolución de la moralidad» (1).

Pero el Sr. Sales, que coincide por lo general con los juicios de este filósofo francés, se separa en ocasiones, como no podía menos de suceder, afirmando su propio pensamiento.

Así, por ejemplo, para el Sr. Sales Ferré el ascetismo se inspira en la concepción de la vida futura, y contiene «un elemento egoísta: la obtención de la eterna dicha á cambio del efímero dolor sufrido, si bien supera con mucho á este móvil la corriente de sentimiento altruista que lo penetra y sostiene». En Mauxion no aparece aquel elemento en el origen y evolución del ascetismo. Lejos de eso, afirma que los santos y doctores cristianos, entre realizar la perfección á que aspiraban y la dicha que debiera recompensar sus es-

---

(1) *Revue Philosophique*, 1903, núms. 7 y 8.



fuerzos, no vacilan un instante, y cita las siguientes palabras de San Anselmo: «Preferiría entrar puro é inocente en el fuego eterno, que ser admitido en el reino de los cielos con la mancha del pecado». Así, añade Mauxion, el verdadero artista estima, más que las riquezas, los honores y los aplausos de la multitud, el goce supremo de ver el ideal soñado tomar cuerpo en el lienzo ó en el mármol.

Reconoce el Sr. Sales Ferré que mediante el ascetismo, la justicia, el amor, la caridad, el vencimiento de sí mismo pasaron á ser el contenido del ideal moral, y rinde plena justicia en una de las mejores páginas de su discurso al ideal cristiano y á su fecundidad en la historia. Pero entiende, según se desprende claramente de la terminación del capítulo III, que el ascetismo ha agotado su virtualidad, y más bien embaraza el desarrollo del individuo, base y resorte del progreso social. Acerca de esto me permitiré hacer algunas consideraciones, no para combatir el pensamiento del Sr. Sales, sino para exponer lo que pienso respecto á este importantísimo punto.

## II

El deseo de perfección; el ejercicio de todas las virtudes, empezando por el dominio y la sujeción completa de la sensualidad; la aspiración al supremo bien y á la suma verdad, como objeto adecuado de la vida, no es algo que pertenezca privativamente al Cristianismo. En el Oriente, en Egipto, en Grecia mismo, el ideal ascético fué á modo de faro espiritual que sirvió de guía á las almas más grandes y nobles. Todos los reformadores de la humanidad se prepararon con ejercicios de austeridad y de perfección al cumplimiento de su alta misión en el mundo. El fundador del Budhismo llevó tan lejos su desapego á los bienes temporales y el vuelo de



su caridad, que su vida aparece como algo de sobrehumano, y su espíritu, depurado de toda escoria, vive y florece aún en vastas regiones del globo, á despecho del tiempo y de los profundos cambios operados. Zoroastro permaneció veinte años en la soledad y en la mortificación antes de realizar su obra de reforma y de formular en máximas imperecederas las reglas de la vida moral. Y ¡cosa extraña para quien no penetre en el fondo de nuestra naturaleza! los hombres que más hondamente han influido en la vida de sus semejantes, los que han reformado las costumbres y han puesto las bases de una sociabilidad cada vez más perfecta, de una humanidad cada vez más alta, han sido espíritus desprendidos de los bienes que el común ansía; que no persiguieron jamás el goce de los sentidos, sino que vivieron de mortificación y de abstinencia; que no anhelaron el poder ni la riqueza, pues se despojaron de todo, y que ni siquiera aspiraron á la gloria, convencidos de que la gloria es tan vana como el humo, tan liviana y tan falaz como él.

Pitágoras y sus discípulos enseñan y propagan en el mundo helénico prácticas de perfección moral fundadas siempre en el dominio de la sensualidad. El régimen pitagórico no difiere mucho de las reglas más severas de las instituciones monásticas. Y hasta en Atenas, cuya cultura se nos presenta como el polo opuesto del ascetismo, vemos que hombres tan ilustres como Arístides, Sócrates y Platón vivieron con arreglo á sus máximas, hasta el punto de que se cree que el inmortal maestro de Platón debió la vida, en la gran peste de Atenas, á su templanza y sobriedad extremas. Este espíritu de mortificación y dominio de las pasiones llegó á un grado más alto aún en el estoicismo, que con razón se ha considerado como preparación á la religión cristiana.

El silencio, el ayuno y la castidad se practicaban, cuando apareció el Cristianismo, por los anacoretas de la India y los esenios y terapeutas de Judea.

La vida de Jesús consagra definitivamente el principio de que nada grande, nada noble puede alcanzarse de la hu-



manidad sino por el camino de la mortificación y el vencimiento del egoísmo.

Los solitarios que pueblan la Tebaida ofrecen al mundo romano, entregado á todos los refinamientos y á todas las tristezas de la sensualidad, el espectáculo de la beatitud, alcanzada por el menosprecio de cuanto los hombres miraban como el fin único de la vida: los placeres, la riqueza, los honores. El ascetismo cristiano, exclusivamente contemplativo con San Pablo el Ermitaño, se modifica progresivamente con San Antonio y San Pacomio, hasta llegar á la virtud activa peculiar del hombre y empleo natural de sus facultades.

Esta tendencia alcanza quizás su más bella y armónica expresión en la regla de San Benito, quien, como dice un ilustre escritor (1), «recordando que escribía sus preceptos para hombres y no para ángeles, los marcó con el espíritu más perfecto de moderación, de ternura y de caridad». El carácter social aparece ya claramente, y un mandamiento formal obliga á los religiosos á suministrar á sus semejantes todos los auxilios de la caridad y todas las luces del saber.

La perfección moral que en el mundo pagano persiguieron sólo algunos espíritus escogidos, se impone á todos como un deber; las prácticas ascéticas penetran en los hogares y los preservan de la corrupción, y al sujetar el egoísmo, que nace del excesivo amor á los bienes materiales, apagan en su origen las discordias.

No es posible, á poco que se medite, desconocer que el ascetismo ha sido como la prueba de fuego que ha templado el alma de la humanidad. Mauxion, en sus estudios ya citados, le tributa justo homenaje en los siguientes términos: «La dulzura y la benevolencia, recomendadas por la sabiduría pagana en nombre mismo del interés, entraron á formar parte del ideal moral, y la piedad tuvo desde entonces sus

---

(1) A. Dantier, *Les monastères Benedictins d'Italie*, tomo I, pág. 14.



altares. Pero de esta piedad algo fría, en el fondo de la cual subsistía siempre un resto del egoísmo original, á la caridad ardiente y enteramente desinteresada, había gran distancia, y ésta sólo pudo franquearse gracias al ascetismo que, desprendiendo casi por completo al hombre de sí propio, segó el egoísmo en su misma raíz..... De hecho los pueblos que no han conocido el ascetismo no han conocido tampoco el ardor de la caridad, y el desarrollo de la caridad ha seguido constantemente á la difusión de las prácticas ascéticas».

Y como si estos juicios no fueran suficientes, Mauxion, que en otro lugar nos dice que *la declaración de los derechos del hombre* es un fruto tardío, pero legítimo, del Cristianismo, no teme afirmar que el amor entre los hombres tropieza hoy prácticamente con «el obstáculo del egoísmo que resulta del desuso en que ha venido á parar el ejercicio de las virtudes de mortificación y de abstinencia».

He aquí cómo el amor á la verdad obliga, aun á los hombres alejados de las creencias religiosas, á reconocer la eterna virtud de ese principio cristiano por excelencia, de la renunciación y del sacrificio.

Bien conocido es el elogio que del ascetismo hace Schopenhauer en su obra fundamental, *El mundo como voluntad y como representación*. «El fenómeno más grande que se ha manifestado en el mundo, dice, no es el conquistador, es el asceta» (1). Los caracteres del ascetismo son el amor al prójimo, incluso á los que nos odian; la caridad, la paciencia, la dulzura, el recogimiento, el silencio; el sacrificio de todo deleite sensual, de las riquezas, de los honores; la resignación perfecta; el hacer bien á los que nos injurian; soportar los dolores, los ultrajes, la ignominia misma con serenidad, con resignación y con alegría.

Esto parece la negación misma de la vida, y en este sentido explica el ascetismo Schopenhauer. Pero pronto se ad-

---

(1) *Le monde comme volonté et comme représentation*. Trad. franc. de Burdeau, tomo I, pág. 404.



vierte, penetrando en el alma de las cosas, que esa negación aparente encierra la afirmación más enérgica de lo que constituye la vida verdadera del hombre. Si el árbol se conoce por los frutos, ¿quiénes los han producido más lozanos, más propios para mitigar los anhelos de la humanidad, los patrios de Sibaris, que concedían premios y honores al que descubría un nuevo plato, ó los ascetas de la Judea, que trazaban las áureas páginas de la Biblia y abrían á la piedad, á la justicia y al amor sus luminosas vías? ¿Quién bebe más profundamente en los manantiales de la vida, el que hace de su naturaleza y de la naturaleza toda instrumento de perfección intelectual y moral, el que ve sin velos la verdad y alcanza la beatitud por el amor ó por la intuición intelectual de Dios, de que nos habla Espinosa, ó el que consagra su vida á servir esos apetitos de deleite sensual, de prepotencia en el poder y en la riqueza que, lejos de libertarnos, nos esclavizan?

El ascetismo niega lo que debe ser negado, contiene lo que siempre necesitará de frenos, y constituye la verdadera preparación de toda grande obra individual ó social.

Si el bien humano es la ecuanimidad, es el amor en su acepción más noble, es la libertad, es el reposo del sentimiento y el imperio de la razón, ¿por qué otro camino podrá alcanzarse que no sea el dominio del egoísmo, que se alimenta precisamente de los bienes limitados y exclusivos y que tiene su raíz en la preponderancia de nuestra vida sensual é inferior?

El filósofo de Francfort apreció admirablemente los caracteres del ascetismo, y no pudo menos de percibir su belleza imperecedera; pero la lógica del error lo llevó á desconocer su significación y su naturaleza propia. Y el error fundamental de su filosofía se halla contenido en estas palabras: «La muerte debe considerarse, sin duda alguna, como el fin verdadero de la vida» (1). Por eso afirma que lo que

---

(1) Obra y edición citadas, tomo III, pág. 448.



admiramos en el ascetismo es la negación de la voluntad de vivir, causa, según él, de todas nuestras miserias.

Pero es evidente que la vida tiene por término la muerte, mas no por objeto. No puede definirse la vida por su propia negación, y mucho más se acercó á la verdad quien dijo que era «el conjunto de fenómenos que se oponen á la muerte».

Si el ascetismo fuera negación de vida, el ascetismo sería malo. Sólo lo que afirma la vida, aun por medio de la muerte, puede ser bueno. Así, el soldado que se sacrifica por sus hermanos ó la grandeza de su patria; el cenobita que opone como cauterio ejemplar á la corrupción universal nacida del anhelo exclusivo de deleites el sacrificio de los más arraigados é indomables instintos naturales, representan la más sublime de las afirmaciones.

Pero veamos cuál es, según el mismo Schopenhauer, el fruto del ascetismo en el individuo. Seguramente me será perdonada la transcripción. «Así—dice—como hemos visto al malo, por la obstinación de su voluntad, sufrir un tormento interior continuo..... así el que ha llegado á la negación de sí propio, por miserable, por triste, por desnuda de atractivos que nos parezca su condición, está lleno de un gozo y de una paz celestiales. No hay en él esa vida tumultuosa, ni esos arrebatos de alegría que suponen siempre un vivo sufrimiento, como sucede á los hombres de placer; es una paz imperturbable, un sosiego profundo, una serenidad íntima, un estado que no podemos menos de desear cuando la realidad ó la imaginación nos lo presenta, pues lo reconocemos como el solo justo, como el único que nos eleva verdaderamente. Vemos bien que las satisfacciones que el mundo (1) puede dar á nuestros deseos se parecen á la limosna dada hoy al mendigo, que le hace vivir lo bastante para tener hambre al día siguiente. La resignación, en cam-

---

(1) Esta palabra *mundo* no tiene en la ascética cristiana el mismo sentido absoluto que le atribuye Schopenhauer.



bio, es como un patrimonio hereditario: el que la posee está para siempre al abrigo de cuidados» (1).

En otros pasajes, el filósofo pesimista nos habla de cómo «la codicia, el temor, la envidia, la cólera, todas las pasiones dolorosas que nos perturban» (2), carecen de acción sobre el hombre que se ha vencido á sí mismo; de «esa flor de santidad» que requiere una lucha y una vigilancia continuas, pero que proporciona «la paz más profunda y conduce á la libertad». Llegado el grado más alto de perfección, «en vez del paso incesante del deseo al temor, del gozo á la pena; en vez de ese esperar nunca extinguido y nunca satisfecho, contemplamos esa paz de la razón más preciosa que todos los bienes, ese océano de quietud, ese reposo profundo del alma, esa serenidad inquebrantable cuyo reflejo supieron fijar Rafael y el Correggio en sus figuras».

Es interesante y significativo á la par el advertir cómo Espinosa, partiendo de principios radicalmente opuestos á los de Schopenhauer, coincide en su ideal del hombre justo.

Para el profundo pensador holandés, la felicidad del hombre no consiste en disminuir su ser para sumirle en la nada, sino que, por el contrario, requiere un aumento constante de realidad y de perfección. Los deseos racionales son, para Espinosa, los verdaderos agentes de nuestra beatitud. El hombre justo, según lo concibe, no experimentará jamás sentimientos de hostilidad y rencor; por el contrario, procurará oponer á los sentimientos de odio, cólera y desprecio hacia él, el amor y la generosidad. La vida según la razón es infinitamente superior á la vida pasional, y la única digna de ser vivida. «El ignorante, dice agitado en mil sentidos diversos por las causas exteriores, no posee jamás la verdadera paz del alma; el ignorante vive en el olvido de sí mismo,

---

(1) *Le monde comme volonté et comme représentation*. Trad. franc. de Burdeau, tomo I, pág. 408.

(2) *Ibid.*, págs. 409 y siguientes.



de Dios y de todas las cosas, y para él dejar de padecer es dejar de existir. Por el contrario, el hombre que por medio de la razón ha llegado al perfecto dominio de las pasiones, no pierde jamás la serenidad del espíritu. Poseyendo, por una especie de necesidad eterna, la conciencia de sí mismo, de Dios y de las cosas, nunca deja de ser, y la verdadera paz del alma la posee para siempre.»

Con estas palabras termina su *Ética*, el filósofo de Amsterdam.

Pero aun en la observación cotidiana de la vida bien pronto se advierte que las más nobles virtudes sólo florecen en aquéllos que han logrado, en mayor ó menor escala, libertarse de las pasiones egoístas y de los impulsos inferiores.

Sabido es cómo las prácticas ascéticas preservan al cuerpo de la corrupción que nace, más que de causa alguna, de la satisfacción desmedida de los apetitos groseros. Nuestro insigne Fr. Luis de Granada, en su tratado «de la virtud del ayuno y asperezas corporales» (1), después de recordar las vidas de aquellos santos monjes que moraban en los desiertos, tanto más largas cuanto mayores fueron sus abstinencias, nos dice lo siguiente: «En el reino de Granada vemos por experiencia cuánto es más larga la vida de los cristianos nuevos que la de los viejos. Y gozando unos y otros de los mismos aires y estando debajo de un mismo clima y en una misma tierra, no se puede señalar otra causa que la ventaja que nos hacen en la templanza. Porque muchos de ellos, contentos con agua fría y con manjares sencillos, ni fatigan la naturaleza con demasiada carga, ni dan materia para que se críen dañosos humores con demasiados manjares; y con esto viven sanos y muchos años».

Sabido es que el *sufismo*, ó misticismo islámico que se conserva aún, si bien degenerado, en los países mahometanos, tiene como fundamento las prácticas ascéticas. Algacel, filósofo y místico árabe del siglo XI de nuestra Era, en su

---

(1) *De la oración y consideración*, tercera parte, pág. 401.



obra *Dogmática, Moral y Ascética* (1), fija con gran precisión y gran prudencia los cánones de perfección adaptados á las distintas clases sociales y especialmente á la formación de los *sufies*. «Todo el secreto del ascetismo está, según Algacel, en conseguir que el alma no se deleite ni complazca en la posesión de ninguna de aquellas cosas que haya de dejar en el sepulcro, sino en lo estrictamente necesario.»

El filósofo árabe no extrema en nada su doctrina, y afirma que el combate ascético á que debe aplicarse el alma toda la vida no persigue el aniquilamiento total, la destrucción absoluta de las pasiones, sino su moderación y equilibrio, su armonía con las reglas de la razón. Análogo dictamen se encuentra con frecuencia en las obras de los grandes maestros de la ascética cristiana (2).

No es, por tanto, el ascetismo en sí responsable de los excesos en que hayan podido incurrir, llevados por el ardor de su piedad ó por error del entendimiento, muchos de los que abrazaron este camino de perfección. Su fundamento radica en hondas necesidades de la naturaleza humana, y lejos de ser algo opuesto á la razón, es, por el contrario, consecuencia legítima de su predominio y señorío en la dirección de nuestra vida.

Mas no es sólo al hombre, considerado como individuo, á quien las prácticas ascéticas conservan en su fuerza y virtud naturales, sino que el propio saludable efecto producen en los organismos colectivos, en las sociedades. La historia en-

---

(1) V. el notabilísimo estudio de D. Miguel Asín acerca de este libro, con un prólogo de Menéndez y Pelayo, tomo VI de la *Colección de estudios árabes*, 1901.

(2) Es interesante el advertir que Algacel, en el libro VI, «Del desprecio del mundo», de su *Tratado de ascética devota purgativa*, afirma que no conviene para el bien de la sociedad civil la extraordinaria multiplicación de las órdenes religiosas, afirmación cuya verdad se demostró en España por los siglos XVII y XVIII, y que hoy mismo pudiera comprobarse en el Thibet, que ha venido á ser un conjunto de grandes monasterios. Sobre este último extremo se contienen curiosos datos en el estudio titulado *The Buddhism of Thibet*. (*Quarterly Review*, 1905.)



tera nos enseña que los pueblos sobrios, abnegados, de costumbres sencillas, apartados de toda molicie y de todo refinamiento sensual, han fundado los imperios, y que éstos han caído más por el olvido de las antiguas virtudes que por el empuje exterior. Así cayeron el imperio persa, el poderío griego, la grandeza de Roma, el imperio de Bizancio. Y nosotros mismos acabamos de presenciar el espectáculo de una gran lucha entre dos pueblos, en la que la previsión, la resistencia física, la abnegación moral, la ciencia misma y la victoria merecida, en último término, han sido patrimonio de hombres de escasas necesidades, dueños de sí mismos, impasibles ante el peligro y ante el dolor, y sobrios hasta la exageración.

Debemos buscar siempre en nuestro interior, en la dirección superior de nuestra vida, nuestra fuerza y nuestro consuelo. De ahí la eterna verdad de las máximas de la *Imitación de Cristo*, cuya mística inspiración hállese fundada, y es de sentir que no se haya esto demostrado aún lo suficiente, en las enseñanzas de la razón y de la experiencia.

Ciego es y expuesto, por tanto, á fatal caída quien espera su principal bien de las cosas ajenas, del mundo exterior. En uno de los paseos del Retiro, junto á la verja de la calle de Alcalá, hay una estatua que representa á la Fortuna, procedente, sin duda, de aquella época en que no había aún nacido ese gusto de exótica vegetación que acaricia superficialmente á la vista, pero que no da sombra al cuerpo ni quietud al alma, y en la que era posible meditar y discurrir bajo el grato dosel de amplias y nobles alamedas. La Fortuna, con los ojos vendados, lleva en sus manos cetros, mitras, coronas, símbolos de diversas dignidades.

Alegoría bien exacta de la realidad en que se concede á la soberbia la palma debida á la cristiana mansedumbre, en que los laureles de Apolo adornan frentes que no acarició jamás un aura de inspiración, en que la improbidad se adorna y yergue con la impudencia, en que la ambición inquieta y la pasión estéril ocupan el puesto que corresponde



á la moderación, á la serenidad y al amor patrio, y en que los que menos se cuidan de rendir culto á Temis son aquellos que habíamos creído defensores de todo espiritual prestigio (1).

*¡O miranda vanitas!* hay que repetir hoy con San Bernardo, cuando vemos sacrificar la tranquilidad de la conciencia á esos éxitos bastardos, con tanta frecuencia inmerecidos, acicate de envidias y término de nuestra libertad.

Y ¡cuán grato ha de ser á las almas nobles guarecerse de cuando en cuando para templar sus energías, no en esa torre de marfil ideada por un sentimiento de orgullo intelectual y de menosprecio al *vulgum pecus*, sino en la torre de diamante del ascetismo que preparó las almas de los grandes iniciadores de la humanidad, que nos infunde serena alegría (2) y nos enseña á labrar nuestra ventura por el camino del sacrificio y del amor!

¡Ah! ¡Si las prácticas ascéticas, si la virtud social y edificante del principio cristiano penetrasen hondamente en los espíritus, cuán presto la llamada cuestión social perdería sus caracteres de encono y de acritud y se encaminaría á su pacífica solución! El extraordinario progreso del comercio y de las industrias y el desarrollo consiguiente de la riqueza bajo la ley de la libre competencia, han dado por resultado una nueva división de clases sociales, menos profunda, si se consideran las leyes políticas y aun civiles, que la de otros tiempos; pero en el fondo, en lo que constituye la base misma de la vida, más radical tal vez. El esclavo en la civilización helénica era una parte de la familia, era «el hombre de

---

(1) Después de escritas estas páginas he querido ver nuevamente la figura alegórica á que en ellas me refiero, encontrándome con que ha sido bárbaramente mutilada. Con el brazo derecho han desaparecido la corona y la mitra. Sólo queda un capelo que, sin duda, no pareció tan significativo á los autores del lapídeo expurgo.

(2) El ascetismo cristiano condena la tristeza y, por boca de San Francisco de Sales, nos dice que «el mayor de los males después del pecado es la inquietud».



la casa», y la *Odisea* nos lo pinta participando en todas las fiestas del hogar. El siervo de la gleba tenía asegurada la protección de su persona y de sus bienes; no era entonces ciertamente la codicia la inspiradora de los arrendamientos agrarios, y sabido es que en los siglos XII al XV los cultivadores alcanzaron un alto grado de bienestar.

Hoy, por el contrario, la explotación del hombre por el hombre bajo formas de libertad reviste muy distintos caracteres. Ni la costumbre ni la ley imponen deberes definidos al rico para con el pobre y el antagonismo social es mayor que nunca. La vida ociosa consagrada al *sport* y al placer, sin finalidad social alguna, constituye el ideal generalmente perseguido y el que obtiene los homenajes y estímulos de la publicidad minuciosa y lisonjera. Y la multitud, que más ó menos vagamente se da cuenta de que no todo lo que es justo según las leyes es justo según la naturaleza y la moral; el proletario, que apenas puede atender á sus necesidades, y que, condenado á perpetuo trabajo, llega á verse en la imposibilidad de sentir los goces de la familia, de cumplir los deberes de esposo y de padre, falto hasta de lo puramente indispensable para mantener más vidas que la propia, preparan en silencio la conmoción que puede arrollar una sociedad que ha sabido proclamar todas las formas de libertad y de derecho, pero que no ha logrado debilitar ni contener el egoísmo sin límites y el dominio de la fuerza.

Pues bien: lo único que puede poner un dique eficaz y duradero á la ola del socialismo revolucionario es el cumplimiento por todos del deber humano, del precepto divino de amor á nuestros semejantes; es el sacrificio del egoísmo, la depuración de nuestros ideales, el espíritu cristiano, en una palabra. Y allí donde, como sucede en nuestra patria, la escasez de recursos es general, y ni el alimento, ni el vestido, ni el calor del hogar están asegurados á inmenso número de hermanos nuestros, opongamós á las corrientes de odio y de indignación, no siempre injustificadas, la sencillez, la moderación, el trabajo, la abstinencia, la sobriedad, la pureza de



costumbres y, en una palabra, el amor á la Cruz como símbolo de la redención por el amor y el sacrificio. Con nueva luz en la mente, quizás, pero con el mismo inmortal y hondo sentimiento, repitamos con la poesía mística medioeval:

*Consolator alme veni,  
Linguas rege, corda leni,  
Nihil fellis aut veneni  
Sub tua presentia.  
Nil jocundum, nil amœnum,  
Nil salubre, nil serenum,  
Nihil dulce, nihil plenum,  
Nisi tuâ gratia.*

.....  
*Cruz est navis, cruz est portus,  
Cruz deliciarum hortus  
In quo florent omnia;*

.....  
*Nulla salus est in domo  
Nisi cruce munit homo  
Superliminaria;*

.....  
*Cruz est arbor decorata  
Christi sanguini sacrata  
Cunctis plena fructibus*

.....  
*Tecum volo vulnerari... (1).*

En uno de esos relámpagos de la verdad que iluminan el pensamiento borrascoso de Nietzsche, al describir en su poema *Zarathustra* cómo ha de ser el héroe, el soberano, el que ha de dirigir las muchedumbres, nos dice que ha de haber llegado al grado supremo del dolor. «Únicamente en la escuela del sufrimiento, del gran sufrimiento, ¿lo ignoráis acaso?

---

(1) Fragmentos de las composiciones *De Sancto Spiritu* y *Laudes crucis*, de A. de San Víctor (siglo XII), y *Laudismus de S. Cruce*, de San Buenaventura (siglo XIII).



sólo bajo su yugo férreo, el hombre ha realizado todos sus progresos.»

He aquí la razón de ser del ascetismo. Por eso no ha muerto ni puede morir.

### III

En uno de los mejores capítulos de su notable discurso, formula el Sr. Sales Ferré lo que pudiéramos llamar la idea principal de su trabajo en los siguientes términos: «El ideal social: he aquí el nuevo fundamento de la Moral». Y después de condenar, como contrarios á este ideal, la esclavitud, el infanticidio, la no existencia de deberes para con los demás ciudadanos en la sociedad antigua, escribe: «Incomparablemente más elevada fué la ética del Cristianismo, que distinguiendo los intereses espirituales de los temporales, y subordinando á los primeros los segundos, impuso como normas de conducta el respeto á la vida, el amor, la caridad hasta el sacrificio de sí mismo por el prójimo. Pero el Cristianismo no pudo desprenderse por completo de la ciudadanía exclusiva de los antiguos, é influído por ella, limitó el sentimiento de fraternidad á los que profesasen sus creencias, dejando fuera de él á la mayor parte del linaje humano».

No hay duda de que en la evolución á que todo cuanto vive está sujeto, los principios morales reciben nuevas aplicaciones, nuevos desarrollos en armonía con los progresos de la humanidad. ¿Quién podrá negar esta evolución de la Moral después de los estudios hechos por el Cardenal Newman sobre la evolución aplicada á los principios de la Religión? (1). Es cierto que la colaboración colectiva en el fenó-

---

(1) «De todos los escritos de J. H. Newman, ninguno más sugestivo y de más duradera influencia, ninguno más en consonancia con los últimos descubrimientos y el espíritu que predomina en las ciencias,



meno ético ha sido puesta de relieve por la moderna sociología; es cierto que cada vez aparece más indisolublemente unido el bien individual al bien social; pero es preciso reconocer que hallamos ya la base de este mismo valor social, de esta fraternidad positiva de todos los seres humanos, en la más pura y autorizada enseñanza del Cristianismo. «¿Por ventura es Dios solamente de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles?» preguntaba San Pablo; é inmediatamente respondía: «Sí por cierto; también lo es de los gentiles» (1). É insistiendo en el mismo concepto, explicando el alcance de la obra de nuestra Redención, decía: *Etenim in uno spiritu omnes nos in unum corpus baptizati sumus, sive judaei, sive gentiles, sive servi, sive liberi* (2).

Podrán con el curso de los tiempos perfeccionarse, en su adaptación á una vida cada vez más compleja, los preceptos de la moral cristiana; pero en su fondo, en su inspiración, son y serán siempre la expresión inmortal del ideal humano.

Concluye el nuevo Académico su estudio con un verdadero himno al progreso. La soberanía, la virtualidad del pensamiento, tienen, en su concepto, un alcance extraordinario, y afirma que, mediante el progreso de la razón, podrán hallar satisfacción cumplida en esta vida nuestros más puros sentimientos y nuestras más elevadas aspiraciones.

Yo también creo que el hombre y la sociedad son susceptibles de mejoramiento y adelanto; creo en el progreso de la humanidad; pero tengo el convencimiento de que la

---

que aquel en que aplica la doctrina de la Evolución á los principios religiosos..... Las necesidades y la inteligencia del presente no son las necesidades y la inteligencia del pasado. Con frecuencia conviene volver á la primitiva fuente: perder de vista el manantial, nunca puede ser bueno; pero rehusar beber en la corriente caudalosa formada por innumerables riachuelos y por los vapores del océano inagotable es incurrir voluntariamente en el peligro del aislamiento ó de la decadencia.» (*The Oxford movement, Quaterly Review*, July 1906.)

(1) *Epístola á los Romanos*, cap. IV, vers. 29.

(2) *Epístola á los Corintios*, cap. XII, vers. 13.



naturaleza humana se opone radicalmente á esa adaptación definitiva entre la realidad y el ideal, entre el deseo y su satisfacción, que es la característica de la perfección natural. Creo que los más prodigiosos descubrimientos, los más penetrantes análisis, el desarrollo mismo intelectual y económico de la humanidad no han añadido un adarme á su ventura. Creo que su aptitud para el dolor físico y moral es hoy mayor que nunca; y así como Metchnikoff, estudiando como naturalista al hombre (1), declara que es un ser imperfecto y falto de armonía orgánica, del mismo modo, á mi juicio, el conocimiento claro de su organización mental y afectiva conduce á la afirmación de que la felicidad humana será siempre tan ilusoria como cuando el sabio escribía las amargas líneas del *Eclesiastés*:

*Inter vana nihil vanius est homine.*

---

(1) *Etudes sur la nature humaine*, 1903.